



CRIMENES EN LA CIUDAD

frank lewis

El capitán Gaskell se pasó la mano por la barbilla, frotándosela con fuerza. Su mirada se posó en los rostros de sus dos interlocutores. Su expresión era francamente pesimista.

—Lo confieso, estoy desmoralizado.

—Animo, capitán —dijo el teniente Singer, sonriendo—. Lograremos salvar esta situación. Esos asesinos no lograrán continuar sometiendo a los habitantes de la ciudad por el terror.

El teniente Singer contaba veintiocho años, siendo inteligente y animoso. El capitán Gaskell ya había pasado de los cincuenta años y sus escasos cabellos empezaban a encanecer. El sargento Bull tendría una edad aproximada, pero su cabellera era abundante y rebelde. Alcanzaba el metro noventa y su corpulencia le daba un aspecto obtuso. Nada más lejos de la realidad. Su astucia y experiencia le hicieron alcanzar cierta fama de temible entre los habituales delincuentes de la ciudad.



Frank Lewis

Crímenes en la ciudad

Bolsilibros - Servicio Secreto - 701

ePub r1.0
LDS 26.10.17

Título original: *Crímenes en la ciudad*
Frank Lewis, 1964
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




CRIMENES
en la CIUDAD
por
FRANK LEWIS

CAPÍTULO PRIMERO

El capitán Gaskell se pasó la mano por la barbilla, frotándosela con fuerza. Su mirada se posó en los rostros de sus dos interlocutores. Su expresión era francamente pesimista.

—Lo confieso, estoy desmoralizado.

—Animo, capitán —dijo el teniente Singer, sonriendo—. Lograremos salvar esta situación. Esos asesinos no lograrán continuar sometiendo a los habitantes de la ciudad por el terror.

El teniente Singer contaba veintiocho años, siendo inteligente y animoso. El capitán Gaskell ya había pasado de los cincuenta años y sus escasos cabellos empezaban a encanecer. El sargento Bull tendría una edad aproximada, pero su cabellera era abundante y rebelde. Alcanzaba el metro noventa y su corpulencia le daba un aspecto obtuso. Nada más lejos de la realidad. Su astucia y experiencia le hicieron alcanzar cierta fama de temible entre los habituales delincuentes de la ciudad.

Gaskell movió la cabeza, como dudando conseguir la realización del optimista pronóstico del teniente.

—Esos canallas han conseguido lo más difícil. Han metido el miedo en el cuerpo de los ciudadanos. Una simple nota basta para conseguir sus propósitos.

—¿No pertenecerán verdaderamente a la Mafia? —preguntó el joven teniente.

Jerome Bull dio un puñetazo sobre la mesa y su rostro se contrajo en una mueca compungida.

—Perdone, jefe. No me he podido contener.

—No tiene importancia, Bull —disculpó el capitán Gaskell, sonriendo débilmente—. Conozco de sobra tu impulsividad.

—Sólo en ocasiones, capitán. Cuando estoy furioso sé

contenerme. No, teniente Singer, esos bandidos no pertenecen a la Mafia, actúan por su cuenta y emplean ardides para sembrar el pánico con más eficacia.

—Pudiera ser —admitió Singer, pensativo.

—Puede tener la seguridad de ello —dijo el capitán Gaskell—. De tratarse de asociados de esa tenebrosa secta, no habría empezado por actuar en nuestra ciudad, pues es de segundo orden y no abundan los italianos. Hace muchos años dejaron de ejercer sus criminales actividades. He comunicado con Nueva York, Chicago y otras ciudades, y en ninguna de ellas se han cometido delitos que puedan ser achacados a la Mafia.

—Y ellos no lo afirman. Se limitan a enviar una nota y como firma una mano negra —aseveró el sargento.

—Sí, estoy convencido de ello —reconoció Singer, encendiendo un cigarro.

—La labor de Benny Burman es magnífica. Ese muchacho está realizando una gran labor, sus artículos arremeten con fiereza contra esos asesinos. Nosotros debemos callar, pero nos conviene un periodista animoso y consciente de su deber. Descubre los manejos de esa organización y plantea la única forma de combatirles.

—En un mes se han cometido tres asesinatos, dos casas han sido incendiadas, cinco personas apaleadas brutalmente y han ocurrido algunos incidentes menores. Todo diabólicamente planeado y desarrollado con decisión. Somos impotentes para descubrirlos y destruir esa banda, poniendo fin a este terror.

El sargento Bull se levantó y llenó un vaso de agua, vaciándolo de un trago. Se pasó el dorso de la mano por la boca y se quedó mirando a la puerta.

Esta habíase abierto y un joven preguntaba:

—¿Se puede pasar, capitán Gaskell?

—¡Cómo diablos te lo va a prohibir si ya estás dentro! Antes de abrir una puerta se debe golpear en ella —masculló el sargento, enfurecido.

—Pueden sentarte, Benny —dijo el capitán, sonriendo—. No hagas caso de Bull. Hoy tiene un día endiablado.

—Para mí siempre. Me tiene inquina. Nunca ha simpatizado con los periodistas y particularmente, conmigo. ¿Verdad, sargento?

Y el joven golpeó la espalda de Bull con afecto. Éste le respondió

con un gruñido, aunque sus ojos desmentían su actitud.

—El día que pueda encerrarte, tendré un gran placer, Benny Burman.

—No llegará nunca ese día. Siempre estoy dentro de la Ley.

—No es correcto entrar en todos los sitios sin llamar.

—La indiscreción es una virtud en nuestro oficio.

Debe usted comprenderlo, mi querido Bull. ¿Cómo estás, teniente?

—También de mal humor, chico.

—¿Y todo debido a las actividades de la Mafia?

—Naturalmente. Es nuestra pesadilla.

—Es preciso descubrir al jefe de esa organización. Es el único medio para exterminarla. Se trata de un individuo muy astuto, manteniéndose en la sombra.

—¿Cómo conseguirlo, Benny? —dijo el capitán Gaskell, con sombría entonación—. Todos nuestros esfuerzos han sido inútiles. Te estoy muy agradecido por tu actuación. No han cesado de atacarles desale tu diario.

—He hecho cuanto he podido. Se trata de mí deber.

—¿Quién podrá ser ese hombre? —interrogó el capitán, con desaliento—. En la ciudad existen peligrosos delincuentes, pero a ninguno de ellos le creo capaz de cometer estas fechorías. Y desde luego, la Mafia es ajena a esta cuestión. ¿Tú opinas lo mismo, Benny?

—Lo he afirmado en todos mis artículos. Esa mano negra es tan sólo un símbolo para atemorizar a los habitantes de esta ciudad, aunque no sería necesario, pues con sus fechorías lo han conseguido.

—No hay indicios de que en ninguna ciudad de los Estados Unidos actúe la Mafia. Me ha sido confirmado.

—Desde un principio lo sospeché, capitán. Si tengo suerte, podré darle una información decisiva.

Los tres hombres miraron al joven con interés.

—¿De qué se trata?

—No puedo decirle nada. Puedo estar equivocado y sería lamentable. No se preocupen. Tan pronto tenga la seguridad de ser ciertas mis sospechas, se lo comunicaré.

—Debe decirlas, Benny —dijo Bull, inclinando su corpulento

corpachón sobre el joven—. Nosotros no diremos una sola palabra.

—Le estoy demostrando su error conmigo, sargento Bull. Usted siempre me ha creído un alocado curioso, ¿no es cierto? Sé guardar un secreto.

—Te puede ocurrir algo, Benny —dijo el teniente Singer.

—Sé defenderme, Singer —replicó el periodista, tocando el pecho del teniente con su índice—. Conozco los procedimientos de esos asesinos. No me sorprenderán.

—Ten mucho cuidado —advirtió Gaskell.

—Y lo tendré. Deseo tanto como ustedes el exterminio de esa cuadrilla de asesinos.

—Debes decirnos cuáles son tus sospechas, Benny —exigió el capitán, con inesperada energía.

—No puedo.

—Entre nosotros no debe haber ningún secreto. Sólo de esta forma conseguiremos llegar a descubrir la verdad.

—Sólo se trata de vagas sospechas. Puedo estar equivocado y lo lamentaría.

—No importa. Todo quedará entre nosotros.

—No, capitán —afirmó Benny, con firmeza—. No les diré una sola palabra. Ya estoy arrepentido hasta de haber venido.

—¡Eres un maldito traidor! —masculló Bull.

—No le permito insultos, sargento —replicó Benny, sonriendo.

Y se levantó. El teniente Singer le imitó, poniéndole una mano en el hombro.

—Estás equivocado, Benny.

—No, teniente.

—Si te ocurriera algo, seguiríamos ignorando cuáles eran tus sospechas. Y éstas pueden ser ciertas.

Por primera vez, la sonrisa desapareció de los labios de Benny Burman. Su rostro estaba serio.

—Sólo es una sospecha y debo comprobarla. Mañana, probablemente, podré darles una información más detallada.

El teniente Singer conocía muy bien al joven periodista, pues no en vano eran íntimos amigos. Ahora tenía la seguridad de no poder arrancarle una sola palabra. Se encogió de hombros.

—Como quieras, Benny.

—¡Hasta mañana! —exclamó el joven, despidiéndose.

—Suerte, muchacho —deseó el sargento Bull.

El capitán Gaskell se limitó a mover la cabeza. Estaba descontento de la conducta del periodista. ¡Ansiaba tanto tener un indicio para actuar!

—Benny es inteligente, puede estar en camino de averiguar la verdad —dijo Singer, sentándose de nuevo.

—Pero debería haber hablado. Los tres somos discretos —observó Bull, apretando sus poderosas mandíbulas.

—Es así. Tiene un concepto de su profesión y nada puede hacerle cambiar. Posee un carácter muy firme.

—Lo sé —asintió Gaskell—. Por eso no he tratado de intimidarle. Se hubiera reído de nosotros.

Se hizo una pausa. Los tres hombres estaban sumidos en sus pensamientos. Tras unos minutos, volvió a hablar el capitán Gaskell.

—Confiemos en que Benny Burman nos de la solución de este problema. Se lo agradecería eternamente.

—Y yo —corroboró el sargento.

El teniente Singer no dijo una sola palabra, pero sus ojos brillaron.

Benny salió de la comisaría ligeramente disgustado. Acababa de defraudar a aquellos hombres enérgicos y leales a quienes tanto apreciaba. Se vio precisado a hacerlo, pues sus sospechas aún no estaban confirmadas. En estas circunstancias no podía hablar, ya que de equivocarse, su falta de ética sería imperdonable.

Tuvo la culpa por haber hablado, haciendo brillar una luz de esperanza en aquella tenebrosa oscuridad No se pudo contener y estaba arrepentido.

Aquella noche sería decisiva, estando resuelto a adquirir la certeza de su sospecha. La lucha se hallaba entablada, sin cuartel, a muerte. Aquellos asesinos no estarían dispuestos a soltar su presa, continuando sus fechorías y obteniendo sus cuantiosas ganancias.

Anduvo con lentitud, tras lanzar una rápida ojeada a su reloj. Faltaban cinco minutos para las seis de la tarde. Entró en un bar, sentándose a la barra. El barman le miró con expresión interrogadora.

—Cerveza.

No tardó en saborear la espumosa bebida. Con gesto maquinal

colocó un cigarrillo en los labios. No tuvo tiempo de encender un fósforo, pues la llama de un encendedor se hallaba a escasa distancia de él.

—Gracias.

Y parpadeó sorprendido. Ante él se hallaba una llamativa joven. Su vestido era muy ceñido, excesivamente ceñido, haciendo resaltar las curvas de su exuberante cuerpo. La miró con lentitud, de arriba abajo.

—¿Es usted real? —preguntó, sonriendo.

—Naturalmente. ¿No se lo parezco?

—Sí, sí. En usted no puede haber fantasías. Todo se destaca.

Ella se echó a reír. Su rostro estaba demasiado maquillado, disgustando a Benny.

—Es usted muy atrevido.

—¿Yo? Nada de eso. Tan sólo le estoy agradecido por haberme ofrecido fuego. ¿Desea tomar algo?

—Gracias, un refresco. Tengo sed.

En las pupilas de Benny Burman brillaba la desconfianza al examinar el perturbador aspecto de la joven. Esta habíase sentado en el alto taburete y mostraba generosamente sus bien torneadas piernas. El periodista entrecerró los ojos, como si tratase de librarse de un inminente peligro. Se conocía muy bien, y ante sí tenía su punto flaco: un rostro bonito y unas piernas atractivas.

—Le agradezco su compañía, Margaret.

—No me llamo Margaret.

—¿No? Es una lástima. Siempre me ha gustado ese nombre.

—Lamento defraudarle. Me llamo Katia.

—¿Katia? También es maravilloso. Todo en usted es encantador.

—Es usted muy amable.

Le agradezco su compañía. Precisamente estaba aburrido.

—Dos personas aburridas pueden formar una pareja divertida. ¿No cree?

—Estoy de acuerdo.

Ella le miraba insinuante. Benny notaba algo desagradable en su estómago.

Continuaron charlando. Benny medía sus palabras, pues en forma alguna deseaba enredarse en aquella sugestiva telaraña tejida a su alrededor. La joven era bonita. El óvalo de su rostro casi

perfecto, sus ojos grandes y atractivos. Los labios firmes, rojos y sensuales.

—¿Me invita a cenar? —preguntó ella, de pronto.

—¡Cuánto lo siento! Esta noche no me es posible.

Katia contrajo sus facciones en un mohín de decepción.

—¿Me rechaza usted?

—No es eso. Me es imposible invitarla. ¿Lo dejamos para mañana?

—¿Mañana? No, debe ser esta noche. Si lo desea podemos cenar en mi apartamiento. Soy una excelente cocinera.

—Se trata de la invitación más tentadora que he recibido en mi vida. ¡Cuánto lo lamento, Katia!

—No es cierto, pues aceptaría.

—No me es posible.

—¿Otra mujer?

—No. Eso no sería un obstáculo. Me olvidaría de ella.

Katia hizo un mohín desdeñoso y bajó del taburete, alisando con un ademán su vestido. Se alejó sin volver la cabeza.

Una sonrisa entreabrió los labios del periodista. Vio fija en él la mirada del barman. En ésta se advertía una encubierta censura por su conducta. Benny se encogió de hombros significativamente.

—Una verdadera lástima.

—Ésa es mi opinión. ¿Viene por aquí con frecuencia?

—No, no la había visto. Estoy convencido, una silueta como ésa no se olvida con facilidad.

Benny pagó y salió del bar. Iba sumido en profundas meditaciones. Tenía la seguridad de no haberse equivocado. Se trataba de una celada, posiblemente en el apartamiento de Katia habría dos o tres hombres, siendo su situación verdaderamente inquietante. Esto le indujo a hacer acopio de energías y resistir la tentación de no aceptar la invitación.

El despecho reflejado en el lindo semblante y el haberse apresurado a marcharse fortalecía su sospecha. Y más al afirmar el barman no haberla visto nunca. Le siguieron, tendiéndole aquel incitante anzuelo.

Pero estaba dispuesto a no caer en una trampa, consiguiendo salir airoso de la lucha entablada. Descubriría al individuo que se cubría tras aquella macabra mano negra, entregándolo a la justicia.

Se lo había prometido a sí mismo.

Siempre tuvo un gran amor a la ley y al orden, aborreciendo a quienes lo infringían. Estuvo tentado de ingresar en el Cuerpo de Policía, pero su vocación periodística se impuso. Además, en su profesión podría ser de gran utilidad a la justicia.

Ya había oscurecido, decidiendo ir a cenar. Después habría llegado el ansiado momento de intentar corroborar su sospecha. El capitán Gaskell tendría una gran sorpresa al recibir su información.

Se dispuso a cruzar una callé, viendo un coche a cierta distancia. Tenía tiempo sobrado para rebasarlo. Sus pasos eran lentos y confiados, cuando vio acelerar al automóvil su marcha. Los faros le deslumbraron al darle de lleno.

Sin embargo, Benny logró eludirlo con relativa facilidad, dejando escapar un suspiro de alivio. Tenía la seguridad de haber sido un atentado contra su vida, pero…

Contuvo un grito de horror al ver aparecer otro coche ante él a una velocidad endiablada. Hizo un esfuerzo desesperado para evitar ser atropellado y no lo consiguió. Sintió un terrible golpe y sus piernas no le sostuvieron, rodando por el suelo. Dos ruedas pasaron sobre su cuerpo.

Los dos coches desaparecieron a gran velocidad. Ninguno de ellos se detuvo para auxiliar a la infortunada víctima.

Otros vehículos se detuvieron, mientras algunos transeúntes llegaban hasta Benny Burman. Uno de ellos se arrodilló y lo examinó con expresión profesional. Movió la cabeza con pesar.

—Nada podemos hacer por él. Está muerto.

—¿Está usted seguro? —preguntó un individuo de torva expresión.

—Por completo. Soy médico.

Los labios de aquel hombre esbozaron una sonrisa y se apresuró a desaparecer.

Un policía llegó corriendo, haciéndose cargo de la situación. El cadáver del desgraciado periodista fue llevado al hospital.

Media hora después, el capitán Gaskell, el teniente Singer y el sargento Bull estaban contemplando el cuerpo sin vida de Benny Burman. Sus rostros reflejaban el desaliento que les invadía.

—Pobre muchacho —musitó el capitán Gaskell.

—¡Hace tan poco le vi lleno de vida!… Parece increíble —

murmuró el sargento, con voz ronca.

Singer no decía nada. Sus puños estaban contraídos con fuerza. Sólo hubiera deseado tener ante sí a aquellos asesinos. No habría vacilado en disparar.

Examinaron cuanto llevaba encima Benny. No encontraron nada digno de interés. Se miraron desconcertados.

—No ha sido un accidente, capitán —afirmó Bull.

—Lo sé. Ha sido víctima de una celada. Según la declaración de dos testigos, un coche se le echó encima, logrando evitar el atropello. Al mismo tiempo, otro coche aparcado arrancó de súbito. Ocurrió con tanta rapidez, que Benny no pudo salvarse, siendo arrollado brutalmente. El automóvil ni siquiera frenó, lanzándose a una desenfrenada carrera.

—Una diabólica maniobra. Benny logró evitar la primera tentativa, pero esos bandidos se aseguraron.

—No quiso decirnos lo descubierto por él. Se lo ha llevado a la tumba. Nos encontramos como antes. Al parecer, no estaba equivocado y sus asesinos lo sabían.

—Era un testarudo —susurró Bull—. Pobre Benny…

—Capitán, seguiremos luchando sin descansar —dijo el teniente Singer.

—Sí, aunque la lucha es muy difícil, debemos pelear contra el terror.

CAPÍTULO II

Con mano temblorosa, Charles Sloan cogió el papel. Tan pronto lo vio en el suelo, al abrir la puerta, no tuvo ninguna duda acerca de su significado.

Sus dientes estaban apretados con fuerza. Inmediatamente divisó una mano negra. Estaba abierta, con los dedos separados. La Mafia acababa de visitarle.

Se apoyó en el mostrador. Estaba pálido. Era propietario de una pequeña y modesta tienda. Probablemente le exigirían una parte considerable de sus beneficios. El dinero que necesitaba para el bienestar de su mujer e hijos.

No, no lo entregaría. No se sometería a aquella humillante desvalijación. Siempre criticó a sus conciudadanos por aceptar la inicua obligación exigida por aquellos bandidos. Ahora demostraría su firmeza al hablar de aquella forma.

No obstante, las piernas le temblaban. El terror había llegado hasta su cerebro, paralizando casi sus movimientos. Fue al lavabo y se mojó el rostro, que se había cubierto de sudor.

—Es extraño, estoy temblando —murmuró sorprendido—. Nunca habría creído tener tanto miedo. Pero no me someteré. He luchado en el Pacífico y no ha sido para vivir vejado, desposeído de mi dinero.

Aún no había leído el aviso. Sólo con haber visto la mano negra tuvo suficiente. Ahora, más sereno, se enteró del contenido de las breves líneas.

> «Charles Sloan:»
> «Nuestra organización necesita de tu ayuda. Cada

> mes deberás entregar cincuenta dólares. No es excesiva esa cantidad para ti, ni representa ningún sacrificio. Es conveniente para tu salud y la de tu esposa e hijos. No cometas ninguna tontería, pues te vigilamos Ya te daremos nuevas instrucciones».

No había firma, la cual estaba sustituida por la mano negra.

Volvió a leer la amenazadora nota y se irguió. Sus movimientos fueron firmes. Cerró la tienda, dirigiéndose a la Comisaría. Un agente le miró interrogador.

—Deseo hablar con el capitán. Es muy urgente.

—El capitán Gaskell no se encuentra en su despacho. Le recibirá el teniente Singer.

—Bien, cuanto antes, por favor.

El agente se apresuró a comunicarlo al joven teniente. El conocía cuándo un hombre estaba alterado, y el visitante lo estaba en grado sumo, pese a sus esfuerzos por disimularlo.

Singer miró al visitante y le señaló una silla. Tras él estaba el sargento Bull. Charles Sloan no aceptó la invitación, colocó la mano izquierda sobre la mesa y alargó la nota recibida.

—He encontrado este papel dentro de mi tienda, teniente.

Los dos hombres se miraron. Singer cogió el avise y lo leyó.

—Ha sido usted muy valiente en venir hasta aquí, señor Sloan.

—Se trata de mí deber y siempre lo he cumplido.

Los japoneses no me atemorizaron en las islas del Pacífico, no lo conseguirán estos facinerosos.

—A juzgar por sus palabras, no está dispuesto a obedecer las órdenes recibidas.

—Así es.

Singer movió la cabeza, después miró al visitante.

—Haga el favor de sentarse, señor Sloan. Voy a hablarle con toda franqueza.

Charles Sloan se dejó caer en la silla. De nuevo volvía a tener la frente cubierta de sudor y éste era frío.

—Admiro su proceder. Estamos dispuestos a ayudarle con todas nuestras fuerzas y destruir esa criminal organización. Por desgracia, nos encontramos casi atados de pies y manos, debiendo actuar en la oscuridad. No es usted sólo el amenazado, y atacan siempre por el

lugar más imprevisto. ¿Me ha comprendido?

—Sí, teniente.

—Le prometo hacer cuanto se halle a mi alcance para que no le ocurra nada. Uno de mis agentes le vigilará. Es cuanto puedo hacer.

—Gracias.

Singer le dio instrucciones y le estrechó la mano con fuerza. El sargento ya había designado a un agente para ejercer una estrecha vigilancia sobe el comerciante. Debía actuar con eficacia para evitarle una desgracia.

Golpeó la espalda de Charles Sloan con afecto.

—Tenga cuidado, señor Sloan. No vaya por lugares solitarios, es peligroso.

—Gracias, sargento.

Regresó a su tienda. Sus pasos eran más firmes, sin necesidad de esforzarse. Ahora un agente le seguía y esto le daba mayor seguridad. Ya no se enfrentaría sólo con aquellos asesinos.

Junto a la tienda vio a su dependiente. Éste mostraba una expresión desconcertada. Corrió a su encuentro al verle.

—Estaba asustado, señor Sloan. Al ver la tienda cerrada telefoneé a su casa. Su esposa me dijo que se había marchado ya a la hora acostumbrada.

—No ha sido nada, Jimmy. Toma la llave y abre la puerta.

El muchacho obedeció, sorprendido por aquella orden. Siempre encontraba la tienda abierta. De no ser así, su patrón la abría él mismo.

El agente se detuvo a una distancia prudencial de la tienda, decidido a observar a cuantas personas entrasen en ella sospechosas de intervenir.

Un hombre se detuvo a su lado.

—¿Me da fuego, amigo?

—No faltaba más.

Iba a extraer él encendedor, cuando un objeto duro se posó en su espalda, mientras sonaba una voz amenazadora.

—Siga delante y no vuelva la cabeza. Si no me obedece, las consecuencias serán lamentables para usted. Dispararé.

El agente se mordió los labios hasta hacerse sangre, comprendiendo su fracaso. No podía hacer nada, pues aquellos criminales cumplirían su amenaza.

—Suba a ese coche.

Tan pronto lo hubo hecho el agente, notó un terrible dolor en la cabeza, desplomándose de bruces. Acababan de golpearle con la culata de la pistola.

Tres hombres entraron en la tienda. Charles Sloan se les quedó mirando aturdido. No sabía cómo reaccionar, conociendo a la perfección cuáles eran sus intenciones. Su mirada quedó fija en un individuo de mediana estatura, delgado. Vestía un traje gris oscuro, completamente liso. Sus facciones eran angulosas y sus ojos grises hundidos, pareciendo ser más salientes sus pómulos. Sus delgados labios estaban entreabiertos en una sonrisa, la cual era cruel y amenazadora.

—Hemos venido a visitarle, Sloan.

—Salgan de mi tienda —ordenó el comerciante, tras hacer un esfuerzo para que su voz sonase firme.

—Nos quedamos, Sloan. Usted nos ha desobedecido, no debiera haberlo hecho. Se lo habíamos recomendado.

Jimmy permanecía indeciso, no sabiendo cómo reaccionar. Ignoraba el significado de cuanto estaba ocurriendo. Sin embargo, el muchacho era animoso y apreciaba a su patrón.

—Ustedes no pueden hablar de esa forma. Avisaré a la policía.

Un corpulento individuo se le acercó. El delgado forajido hizo un movimiento afirmativo. Brutalmente propinó una brutal bofetada al muchacho, haciéndole retroceder hasta la pared. De su nariz brotó la sangre.

—¡Quieto, chico! Si no te portas bien, te mataré a golpes. ¿Me has entendido?

Jimmy asintió con la cabeza. Ahora estaba francamente asustado, pues aquellos individuos eran capaces de cumplir su amenaza. Sloan le miró y le recomendó:

—Obedece, Jimmy.

El individuo delgado y de pómulos salientes se echó a reír.

—Ahora se muestra comprensivo, Sloan. ¡Es una lástima! ¿Por qué no lo hizo antes?

El comerciante estaba lívido y no respondió. El facineroso señaló la puerta que conducía a la trastienda.

—Pase, amigo. Vamos a hablar con calma.

E hizo un gesto significativo. Uno de sus compinches asintió con

un movimiento de cabeza, quedándose al lado de Jimmy. Los tres hombres cruzaron el umbral de la puerta. Un pistolero musitó:

—Deberíamos matarlo, Weaver. Sería un buen escarmiento.

—Sólo cuando sea estrictamente necesario. Son palabras del jefe —respondió Jack Weaver, soltando una carcajada.

Charles Sloan permanecía inmóvil, no sabiendo cómo reaccionar. No se atrevió a atacar, pues vio inmediatamente que las diestras de aquellos hombres estaban metidas en los bolsillos de sus chaquetas, mostrando un bulto nada tranquilizador. Apretaban una pistola.

Con deliberada lentitud, Jack Weaver se adelantó hacia el comerciante, deteniéndose a escasa distancia de él. Le miraba con amenazadora fijeza.

—Ha obrado muy mal, Sloan. Se lo habíamos advertid.

—No he hecho nada.

—No trate de negarlo. Le hemos seguido hasta la Comisaría.

Extrajo la mano del bolsillo y con un rápido movimiento lo abofeteó. Sloan lanzó un rugido de rabia e hizo un gesto para repeler la agresión. Se contuvo al oír la voz del pistolero.

—Quieto o le mato de un balazo.

Weaver sonreía abiertamente, mostrando dos colmillos salientes y puntiagudos.

—Atáqueme si se atreve. Le clavaré un cuchillo en el corazón. ¿Qué le ha dicho a la policía?

—Nada.

—¡Vamos, Sloan! —exclamó Weaver, despectivo—. No le creo. En forma alguna fue una visita de cortesía.

Hundió su puño en el estómago del comerciante y éste se dobló hacia delante, mientras profería un grito de dolor. El forajido unió las dos manos, dejándolas caer sobre la nuca del desventurado. Sloan evitó caer al suelo con un esfuerzo, apretando los dientes con furia.

—Responda. ¿Qué le dijo a la policía?

—Le enseñé el aviso de ustedes.

—¿Por qué lo hizo?

—Lo creí mi deber.

—Su deber… Su deber… —masculló Weaver, exasperado—. La Mafia no amenaza en vano, Sloan. Sus órdenes deben cumplirse al

pie de la letra. ¿Me ha entendido?

—Sí.

—No se le ocurra volver a hacer una cosa semejante, pues el resultado sería deplorable para usted.

Sloan reaccionó con valentía, las venas de su cuello y frente estaban hinchadas. Se irguió y miró desafiador a sus agresores.

—No les pagaré un solo centavo, aunque me maten.

Weaver soltó una sarcástica risita.

—Es usted muy valiente. Trate de desobedecer nuestras órdenes y comprobará cuáles son los resultados. Desaparecerá uno de sus hijos. Eso sólo será el principio. Todo será muy lamentable, puede creerme.

—¡Canallas!

Los golpes cayeron sobre el comerciante, no tardando en caer al suelo. Los puñetazos del pistolero eran mucho más potentes que los de Weaver. Éste se echó a reír. Aquella risa se le antojó a Sloan siniestra y amenazadora.

Puso una mano en el suelo, tratando de incorporarse. Una de sus rodillas ya estaba junto a la mano, cuando recibió un fuerte puntapié en la barbilla, cayendo de espaldas.

Los dos malhechores le miraban sonrientes, complacidos de la labor realizada. Charles Sloan había quedado inutilizado, careciendo de energía para levantarse.

—Puedes ayudarle a incorporarse, Maxim.

Eddie Maxim contaría unos treinta años, siendo alto y muy corpulento. Su rostro mostraba varias cicatrices y el aspecto inconfundible del boxeador profesional. Se acercó a Sloan y le ayudó a levantarse. Con paso vacilante, su víctima llegó hasta una silla y se dejó caer en ella, incapaz de mantenerse en pie.

Con dureza, Weaver le obligó a levantar la cabeza.

—¿Nos obedecerá?

—Sí.

—Ya le hemos dado dos avisos, el tercero no llegará. Actuaremos sin la menor vacilación. Usted será el responsable de las consecuencias.

La cabeza de Sloan cayó sobre su pecho. Estaba abatido, a merced de sus enemigos. Weaver le contemplaba sonriente e hizo un guiño a su compañero.

—Ya podemos marcharnos.

Y salieron sin precipitarse.

Charles Sloan permaneció inmóvil, no comprendiendo cómo una cosa semejante podía ocurrir en una ciudad de segundo orden, muy próxima a Boston. En aquellos lugares no fueron frecuentes las actuaciones de los gánsteres.

Era inconcebible. Unos cuantos forajidos lograban tener en jaque a la policía. Actuaban a sus anchas, contando con el terror como arma decisiva.

—¿Cómo se encuentra, señor Sloan?

Miró al muchacho y trató de sonreír, sin conseguirlo.

—Le han pegado esos bandidos. Voy a avisar a la policía.

—No, Jimmy. No lo hagas.

El muchacho le miró estupefacto. El acento de su patrón estaba impregnado de horror. Le sorprendía, pues. Charles Sloan siempre fue un hombre fuerte y decidido.

—Esos hombres le han pegado. La policía los detendrá y recibirán su merecido.

—No, Jimmy. Te agradezco tu interés y te has portado muy bien. Ahora continuaremos hablando. Voy a lavarme un poco.

El muchacho le ayudó a llegar hasta el lavabo, volviendo a la tienda. Su expresión era perpleja, no comprendiendo la actitud de su patrón. Notaba en su interior una gran indignación por lo ocurrido y en su mejilla el dolor de la bofetada recibida. Deseaba vengarse de aquellos cobardes facinerosos.

No tardó en aparecer su patrón, sonriendo con amargura. Jimmy no se pudo contener.

—¡Cómo le han dejado esos tipos, señor Sloan! ¿Sigue creyendo conveniente no avisar a la policía?

—Sí. ¿Has oído hablar de la Mafia?

—Es una antigua secta siciliana. He oído decir que actúa en la ciudad… Señor Sloan, esos hombres…

—Sí, pertenecen a la Mafia o quienes sean esos bandidos que envían un aviso firmado con una mano negra. Esta mañana he encontrado uno, exigiéndome dinero. No he vacilado en ir a la Comisaría y denunciar este inicuo hecho. Me prometieron un agente para protegerme. Esta visita ha sido el segundo aviso.

—Pero usted no accederá a dejarse robar.

—Sí, Jimmy. Les entregaré el dinero.

—¡No es posible! Usted siempre ha afirmado que es capaz de defenderse.

—¿Quieres saber cuál ha sido la amenaza de esos forajidos?

—Sí.

—Secuestrar a uno de mis hijos y probablemente lo matarán.

El muchacho palideció. Sus ojos estaban fijos en el demacrado semblante de su patrón. Sus labios musitaron:

—Lo comprendo, señor Sloan.

Un automóvil se detuvo en una calle solitaria. Se abrió una de sus portezuelas y un hombre fue arrojado a la acera. El coche emprendió con rapidez la marcha.

El agente permanecía semiinconsciente. Le dolía la cabeza por el duro golpe recibido. De pronto, oyó una vez:

—¿Se ha caído?

Levantó la mirada, viendo a su lado a dos mujeres de mediana edad. La alarma se reflejaba en sus semblantes. Asintió con un movimiento de cabeza. Las dos mujeres trataron de ayudarle a levantarse. En esto llegó un hombre, prestándole una ayuda más eficaz.

—¿Dónde le duele?

—En la cabeza.

—Ha tenido suerte. La cabeza se arregla con rapidez. Se hubiese podido romper un brazo o una pierna.

—Sí, he tenido suerte. ¿Haría el favor de acompañarme hasta un teléfono público?

—¡No faltaba más! Aquí cerca hay uno.

El agente entró en la cabina. Se encontraba en un bar. Tan sólo el dueño se hallaba en él, limpiando los vasos.

—Muchas gracias.

—¿Me necesita para algo más?

—No, no, ya me encuentro mejor. ¿Quiere tomar algo?

—Se lo agradezco. Tengo prisa.

El agente cerró la puerta de la cabina para evitar ser Oído y marcó el número de la Comisaría. No tardó en oír la voz del sargento Bull. Con rapidez le relató lo ocurrido, oyendo una rotunda imprecación.

El sargento Bull se apresuró a colgar y explicó al teniente Singer

lo que le dijera el agente. Singer salió precipitadamente de la Comisaría, sin pronunciar una sola palabra. Bull musitó:

—Ese muchacho es muy impulsivo.

Entró en la tienda. Vio a un muchacho tras el mostrador, atendiendo a una señora.

—Deseo hablar con el señor Sloan.

—Un momento, señor. Le avisaré inmediatamente. ¿Haría el favor de decirme su nombre?

—El teniente Singer.

Jimmy se disculpó precipitadamente de la señora y entró en la trastienda. Sloan le miró sobresaltado, temiendo otra desgracia.

—El teniente Singer desea hablarle.

—¡Que se vaya al infierno! —exclamó enfurecido. Instantáneamente se aplacó—. Hazle pasar.

En la puerta se encontraba Singer, habiendo oído la airada respuesta del comerciante. Le contempló con detención.

—Comprendo su estado de ánimo, señor Sloan.

—Disculpe, no he tratado de ofenderle.

Jimmy se apresuró a salir. El teniente llegó hasta el comerciante y le puso una mano en el hombro.

—Lo lamento. Nuestro agente fue golpeado tan pronto se detuvo cerca de la puerta de su tienda. Estos bandidos han actuado con mucha rapidez. Nos han sorprendido.

—Y volverán a hacerlo. Son muy hábiles.

—No lo crea. Conseguiremos atraparles y hacerles pagar cuantas fechorías han cometido.

Sloan no respondió, aunque la expresión de su rostro demostraba su incredulidad.

—Le han golpeado con dureza, ¿eh?

—Sí.

—¿Sería capaz de identificar a sus agresores?

—No.

—Vamos, Sloan. Ahora se nos presenta la oportunidad de detenerlos. Los interrogaremos y descubriremos al jefe de esa organización. Se acabarán los crímenes en esta ciudad.

Sloan movió la cabeza negativamente. Singer frunció el ceño.

—Le creí un hombre valiente, Sloan.

—Yo también, teniente. Ya no lo soy.

—Haga un esfuerzo, lograremos terminar con esta pesadilla. Esa cuadrilla de forajidos nada tienen que ver con la Mafia, todo consiste en un truco para atemorizarles.

—El resultado es el mismo, teniente.

—¿Tanto apego tiene a su pellejo?

—Al mío, no.

—Comprendo. Han amenazado a sus familiares.

No era necesaria la respuesta. La cara del comerciante lo expresaba sin lugar a dudas. El teniente Singer salió de la tienda. Anduvo con lentitud, mientras colocaba un cigarrillo entre sus labios. Lo encendió y sus nudillos quedaron blancos al oprimir con furia el encendedor.

—Otra oportunidad perdida.

CAPÍTULO III

—La invito, señorita.

—Gracias, no insista más. Haga el favor de dejarme tranquila.

El hombre, alto y apuesto, sonrió. Su sonrisa indicaba poseer una gran seguridad en sí mismo. Con gesto maquinal arregló el nudo de su corbata, que era de llamativos colores.

—Debe acceder. Es usted muy linda para viajar sola. Ha tenido suerte en conocerme. Mis amigos suelen llamarme Fred, el afectuoso.

Y sonrió ampliamente.

Olivia Harris movió la cabeza irritada. El asedio de aquel inoportuno individuo ya duraba casi diez minutos, produciéndole una sensación desagradable. Estaba dispuesta a llamar a un empleado del ferrocarril, para rogarle le librase de la presencia de aquel pesado conquistador.

—¿Acceda a aceptar mi compañía?

—No.

—Vamos, preciosa. Nunca se le volverá a presentar la oportunidad de ser invitada por Fred, el afectuoso.

La joven aspiró el aire con fuerza, para replicar a su pesado interlocutor. No llegó a hacerlo, oyendo una voz varonil.

—¿Quiere hacer el favor de dejar tranquila a la señorita?

Fred se volvió, encontrándose ante un joven alto y de aspecto deportivo, que le miraba con dureza. El galanteador se irguió.

—A usted no le importa, amigo.

—Si no le estuviese oyendo, quizá no. Es usted merecedor de recibir una lección y voy a dársela.

La cara de Fred el afectuoso cambió de color. Miró al joven y le vio en actitud amenazadora con el puño derecho cerrado y

dispuesto a lanzarlo contra él.

—Usted no tiene derecho a…

—Ahora lo veremos —interrumpió el joven, con rudeza.

—No, no es necesario —se apresuró a decir, muy pálido.

Dio media vuelta y se alejó.

El joven se inclinó ante Olivia.

—Perdone mi intervención, señorita. Pero ese tipo se estaba poniendo muy empalagoso, insoportable. Me he visto precisado a adoptar una actitud agresiva.

—Al contrario, señor. Le estoy muy agradecida. Estaba dispuesta a llamar a un empleado.

Olivia se mordió los labios despechada al ver cómo el joven ocupaba su asiento, no intentando continuar conversando con ella. Sus respuestas no hubieran sido asneras y probablemente habría aceptado su invitación si él la hubiese hecho.

Pero, no. El joven volvió a sumirse en la lectura de una novela, adoptando la misma posición de todo el viaje. Olivia ya habíase fijado en él debido a sus correctas y atractivas facciones, así como a su apostura.

Cuando la estación de la ciudad estuvo a la vista, Olivia se puso en pie, dispuesta a coger su escaso equipaje. Se vio agradablemente sorprendida al ver cómo el joven se le adelantaba, ayudándole.

—Por lo visto, llevamos el mismo destino, señorita.

—Sí, vivo en esa ciudad. He pasado unos días en casa de mis tíos de Boston.

—No he estado nunca. Pasaré unos días. Asuntos de negocios —respondió el joven, sonriendo.

—Le gustará Everton City. No es una gran ciudad, pero es acogedora y tranquila.

—Confío en ello —respondió él, con imperceptible ironía.

—Me llamo Olivia Harris. De nuevo le doy las gracias por su ayuda. Ya me sentía violenta.

—No tiene importancia. Pudo comprobar cómo Fred el afectuoso fue fácil de convencer.

El tren se detuvo. El joven ayudó a descender a Olivia.

—Me llamo Chris. ¿Puede recomendarme un hotel?

—El Splendid Palace tiene fama de ser muy confortable.

—No quisiera parecerme a nuestro amigo Fred, pero la invito a

un refresco. Después del viaje le sentará bien.

—Acepto. Y no le considero parecido a Fred —respondió Olivia, riendo.

Chris señaló un bar.

—¿Qué le parece, Olivia?

Ella asintió con un gesto. Poco después estaban cómodamente sentados. Un camarero se apresuró a servirles. Chris ofreció un cigarrillo a la joven.

—Gracias. No fumo.

Conversaron alegremente. Esto complació a la muchacha, pues durante el viaje le pareció observar una sombría expresión en el rostro de Chris.

Estuvo temiendo encontrarse ante un hombre dominado por una terrible desgracia o una depresión moral. Pero al parecer, estaba equivocada, pues Chris se mostraba como un alegre conversador.



—La acompañaré hasta su domicilio, Olivia.

—No es necesario. Debe llegar a su alojamiento cuanto antes, pues estará cansado del viaje.

—Aunque así fuese, mi deber me induce a dejarla en su hogar, sana y salva.

—Como si fuese un caballero andante.

—Exacto. Ya la libré de la presencia de un peligroso conquistador. De no ser por mí, ¿qué habría sido de usted?

—¡Por Dios, Chris! Vaya forma de exagerar. Fred, el afectuoso, era un pobre infeliz.

—¡Quién sabe! Bajo su aspecto se podía ocultar un temible asesino, un hombre obsesionado por matar a una mujer bonita.

—Está bien. Acompáñeme y no siga forjando fantasías.

—La cuestión es haberlo conseguido. Desde luego, el amigo Fred es inofensivo.

Atrajo la atención de un taxi. Olivia dio su dirección al taxista. Tras una corta carrera se detuvo ante una casa de confortable apariencia.

—¿Puedo venir a buscarla mañana a las siete?

—¿De veras lo desea? —inquirió la muchacha, con instintiva coquetería.

—Si no fuese así, no se lo propondría.

—Puede considerarlo un deber de caballero andante.

—Aunque así fuese, se trataría de un deber muy agradable.

—De acuerdo. A las siete estaré aquí.

—No faltaré.

Estrechó la mano de Olivia y ésta se dirigió a la casa. Se detuvo junto a la puerta y se volvió, agitando la mano en señal de despedida. El chófer miraba al joven con sardónica sonrisa.

—Y ahora, ¿qué?

—Perdone, amigo. Al hotel Splendid… —Se detuvo vacilante y preguntó—: ¿O conoce otro mejor?

—Si se fía de mí le diré un secreto. El hotel Splendid es el más caro de la ciudad, pero no el mejor. Son unos ladrones, parecidos a esos bandidos de la Mafia.

—Bien, lléveme a ese hotel. Confío plenamente en usted, no me gusta ser saqueado. ¿Qué decía de la Mafia?

—Unos afirman ser la verdadera secta siciliana, otros una burda imitación, pero la finalidad es la misma: llevarse el dinero del prójimo.

—Vamos, amigo, un poco de formalidad. No estamos en Sicilia, ni siquiera en Chicago o Nueva York.

—Es cierto. Están ocurriendo cosas terribles en la ciudad. Temo recibir una carta con la firma de la mano negra.

—¿Exigiéndole dinero?

—Naturalmente. No me la enviaría para interesarse por mi salud —respondió el taxista, lanzando una carcajada.

Chris no contestó, sumiéndose en sus pensamientos. El taxista no insistió en sus comentarios, atento al volante. No tardó en detenerse.

—Si volvemos a vernos ya me responderá. En este hotel le

tratarán muy bien y es infinitamente más barato que el hotel Splendid.

—Estoy convencido de ello. Gracias.

Le pagó, agradeciendo el taxista con una sonrisa la propina recibida. Antes de arrancar, dijo:

—No haga esperar mañana a esa joven. Es muy bonita.

Chris permaneció inmóvil, haciéndose a sí mismo la promesa de no faltar a la cita. Reaccionó y entró en el hotel. El aspecto de éste no era suntuoso, aunque sí *extraordinariamente* moderno y confortable. El conserje le lanzó una mirada profesional y sonrió ampliamente.

—Deseo una habitación, permaneceré varios días en Everton City.

—Haga el favor de inscribirse, señor.

Y abrió el libro de registro. Chris escribió su nombre con letra irregular, casi ilegible. El conserje se encogió de hombros; a fin de cuentas se trataba de una simple formalidad.

Chris se apresuró a ducharse y se vistió, no tardando en salir. El conserje le saludó con un cortés saludo. Anduvo con lentitud, tratando de conocer las calles de la ciudad, volviendo a pasar por delante de la casa donde vivía Olivia. Ahora ya conocía el camino y al día siguiente no se extraviaría para llegar puntualmente a la hora de la cita.

Entró en dos bares, observando cuanto sucedía a su alrededor con disimulado interés. Eligió un restaurante al azar donde cenar, quedando complacido; pues le sirvieron una cena admirablemente confeccionada.

Cuando salió del restaurante, no se dirigió a los «*dancings*» más lujosos, sino a otro más sórdido. Había muchas mesas, casi todas ocupadas. Sonaba una música pegadiza y una llamativa mujer, de largos y sueltos cabellos negros, cantaba lánguidamente.

Se apoyó en la barra, sin darse cuenta de la presencia de un hombre a escasa distancia de él, y el cual se apresuró a alejarse, tras dirigirle una mirada de odio. Se trataba de Fred.

Fred acababa de reconocer al hombre que le humilló en el tren. Sintió un vehemente deseo de vengarse.

Llegó hasta una mesa, ocupada por tres individuos y una mujer de llamativo aspecto. Fred se inclinó sobre un hombre delgado,

mediana estatura y pómulos salientes. Éste le miró y preguntó:

—¿Qué quieres, Fred?

—Ese tipo está aquí.

—¿A quién te refieres?

—A ese del tren —respondió Fred. Había explicado lo ocurrido, aunque a su manera.

—¡Vaya casualidad! —exclamó Jack Weaver sonriendo—. Te gustaría desquitarte, ¿verdad?

—En cuanto le vi lo deseé.

—¿Por qué no le agrediste?

—Es muy fuerte y me duele el brazo. Por eso ya no le di su merecido en el tren.

Weaver miró a Eddie Maxim. Éste, sin pronunciar una palabra, asintió con un movimiento de cabeza. Se levantó y dijo con voz ronca:

—Acompáñame, Willy.

—Ya lo creo, Maxim, daremos su merecido a ese intruso.

Fred se frotó las manos contento; su venganza ya podía darla por realizada. Aquel insolente tipo pagaría muy caro el haberle humillado ante la bella joven.

El barman sirvió el *whisky* doble, dejándolo ante Chris. El joven lo paladeó, comprobando su excelente calidad, pues ya hizo esta advertencia al *barman.*

Encendió un cigarrillo y lanzó una bocanada de humo. Entonces fue cuando se dio cuenta de la presencia de un tipo de aspecto brutal, muy corpulento. Su presencia no le gustó, pero no hizo el menor caso. El individuo charlaba con otro de características parecidas, aunque no de tanta corpulencia.

De pronto el corpulento individuo cogió un tarro de pimienta y vertió parte de su contenido en el vaso de Chris. Luego lo meneó con una cucharilla. Chris permaneció impasible, no teniendo tiempo de evitar aquella inaudita maniobra.

Maxim lanzó una carcajada.

—Ahora estará muy bueno.

—Es posible. Pediré otro y correrá de su cuenta.

—Nada de eso, forastero. Va a beberse ese *whisky*, no Je perjudicará.

—Estoy convencido de ello.

—Es usted un buen muchacho. Estoy complacido.

—Póngame otro *whisky* doble —dijo Chris dirigiéndose al barman.

—No, Joe —ordenó Maxim autoritariamente—. Ya lo tiene servido y se lo beberá.

—¿Va usted a obligarme? —inquirió el joven mirando con fijeza al corpulento forajido.

—Desde luego. Tengo curiosidad por ver si es usted capaz de paladear ese combinado; se le llama explosivo.

Contuvo la tentación de arrojar el contenido del vaso al rostro de aquel grosero individuo. Estaba sorprendido por la inesperada situación, no comprendiendo el motivo por el cual su interlocutor hubiese decidido provocarle, pues tal era su intención. Maxim le miraba atentamente con el firme propósito de golpearle en cuanto él hiciese un gesto agresivo.

Vio como el otro pistolero también estaba preparado para lanzarse sobre él. Eran unos adversarios temibles y su situación no prometía ser muy halagüeña dentro de unos segundos.

—¿Por qué no se lo bebe usted? —respondió con frialdad.

—¡Bah, no sea usted timorato! —exclamó Maxim riendo—. Lo he preparado para usted.

—Se lo agradezco —con un gesto apartó el vaso—. Haga el favor de dejarme en paz.

La manaza de Eddie Maxim aferró la solapa del joven y trató de zarandearlo, pero Chris actuó con celeridad vertiginosa. Sus dedos apretaron con fuerza junto al codo, obligándole a soltarle.

—No me gusta que me toquen. ¿Se ha enterado? Estoy harto de escucharle.

Maxim tuvo el convencimiento de tener delante a un enemigo temible; Fred no exageró al describirlo. Ahora comprendió que éste se asustó al verle ante él, dispuesto a golpearle. Pero esto todavía daba mayores alicientes a la situación, gustándole la perspectiva de una buena pelea.

Estaba exasperado por haberse visto obligado a soltarle, pues la presión de los dedos de Chris le produjo algo parecido a una descarga eléctrica.

Se contuvo con un esfuerzo e incluso llegó a sonreír.

—Sea buen chico y bébase ese combinado.

—He cambiado de opinión —respondió Chris.

—Me alegro, tenía la seguridad de llegar a entendemos.

—Por completo. He decidido que se lo beba usted.

La boca de Eddie Maxim se abrió desmesuradamente. Y sus ojos parpadearon.

—¿Yo?

—Sí, eso *he* dicho. Usted ha tirado la pimienta en el *whisky* y debe saborearlo.

No perdía de vista los movimientos del corpulento pistolero y su compañero. Tan pronto intentó lanzar su derecha, con la intención de alcanzarle en el rostro, Chris se le anticipó. Le golpeó en el estómago, obligándole a agacharse, No cesó de golpear en pleno rostro, haciendo retroceder a su temible adversario.

Quedó sorprendido al no verle caer, pues sus golpes fueron precisos y demoledores. Eddie Maxim poseía grandes facultades de encajador. Se dispuso a asestarlo un fuerte derechazo en la mandíbula, cuando el otro pistolero se le arrojó encima.

El joven reaccionó con rapidez y, con un seco impacto de izquierda, detuvo la fiera acometida de su nuevo enemigo. Éste se quedó aturdido y Chris no le dio tiempo a recuperarse, pues un formidable gancho lo arrojó por el suelo, dando vueltas.

La gente se apartaba y gritaban ante la inesperada pelea. De nuevo Chris dedicó su atención a Maxim, pero ya era tarde; éste le atacaba con furia, alcanzándole en pleno rostro. Tambaleándose llegó hasta el mostrador, mientras Maxim le seguía como una fiera sedienta de sangre.

Alargó la izquierda, como si tomase puntería para lanzar su derecha. Su acción fue realizada con demasiada lentitud, ante un contrincante de rápidos reflejos come Chris.

Con rápido y hábil movimiento se apartó medio metro, en el preciso instante de golpear Maxim. Éste se precipitó contra el mostrador, pero antes de llegar recibió un terrible golpe en una ceja. Le produjo un vivo dolor, notando como la sangre manaba de la herida, cubriéndole el rostro.

Se apoyó en el mostrador, lanzando un rugido de rabia e impotencia. Chris le contempló, mientras se acariciaba sus lastimados nudillos. Sonrió al decir:

—¿Ya tiene bastante?

Maxim se volvió y propinó un puntapié, con la intención de alcanzar al joven en el bajo vientre. Tampoco en esta ocasión Chris se dejó sorprender. Tan pronto el pistolero se volvió, comprendió cuál era su intención. Sus manos lograron aferrar el pie de Maxim y con fuerte impulso lo arrojó al suelo.

Se dio un buen golpe al caer, no logrando levantarse. Chris le contempló con sardónica sonrisa. Se inclinó y le arrebató una pistola. La alargó al *barman*.

—Luego se la devolverá, Joe. Es capaz de hacer un disparate.

Cogió el vaso y se inclinó sobre su adversario, sin preocuparse del otro pistolero. No tenía necesidad de hacerlo, pues yacía inerte. Colocó un pie sobre un tobillo de Maxim, sin apretar excesivamente; lo dominaba.

—Beba —ordenó con firmeza.

—¡Váyase al diablo! —exclamó Maxim escupiendo sangre.

Le golpeó en el estómago, obligándole a lanzar un gemido.

—No me ha gustado su contestación. Beba el *whisky* o le prometo no dejarle un hueso sano.

El pistolero se estremeció; la mirada del joven estaba fija en él, comprendiendo que no bromeaba, estando dispuesto a cumplir su amenaza.

—Maldito sea —refunfuñó.

—¡Ánimo, amigo! —respondió Chris fingiendo no haberle entendido—. Esto le reanimará.

Y le alargó el vaso. Maxim echó la cabeza hacia atrás, pero el joven, inexorablemente, prosiguió firme, hasta colocar el vaso entre los labios del pistolero. Con violento ademán le asió de los cabellos, obligándole a beber.

Maxim tosió desesperadamente y escupió, sin poder evitar que parte del líquido abrasador pasase por su garganta. Chris se irguió y dejó el vaso sobre el mostrador.

Se vio ante la amenazadora mirada de Jack Weaver.

—Ya es suficiente, ¿no cree?

—Eso ya lo he decidido, no admito que nadie se interponga.

—Eddie Maxim es amigo mío.

—¿Por qué no intervino antes? Me echó la pimienta deliberadamente en el *whisky* e intentó hacérmelo beber.

—Se trataba de una broma —replicó Weaver con aspereza.

Ya no se atrevía a amenazar al desconocido, pues éste estaba lejos de mostrarse amedrentado.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó una voz autoritaria.

CAPÍTULO IV

Chris se volvió con lentitud, de forma que no perdiese de vista los movimientos de Weaver. No confiaba en éste, creyéndole capaz de atacarle en cuanto le creyese desprevenido. Y no sería con los puños, sino con un objeto contundente.

Se tranquilizó al encontrarse ante dos policías. Éstos mostraban una severa actitud, con la mirada fija en los dos derribados pistoleros. Maxim continuaba tosiendo desaforadamente.

—¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Quién ha golpeado a estos hombres?

—He sido yo, agente —respondió Chris—. Le explicaré lo sucedido…

—Aquí no —interrumpió el policía con sequedad—. Será en la comisaría, en presencia del sargento Bull.

—No tengo ningún inconveniente.

El agente le miró con fijeza.

—No se le ocurra intentar escapar.

—No se me ha llegado a ocurrir esa idea.

Un agente procedió a reanimar a Maxim y a su compañero, mientras el otro policía telefoneaba, solicitando un coche. Jack Weaver se mordía los labios despechado al fin decidió intervenir.

Se trata de una pelea de escasa importancia. Respondo de esos hombres, son amigos míos.

—¿Y de usted quién responde, Weaver? —inquirió un agente mordaz.

—No le tolero ese tono. Soy el gerente de este local.

—Lo sabemos.

Y empujó a los dos pistoleros hacia la calle. Weaver, con los puños apretados, ya no se atrevió a insistir. Chris le observaba con curiosidad. Ante un gesto de un policía, se apresuró a seguirles.

Subieron a un coche negro y éste se apresuró a arrancar. Al detenerse, Chris lanzó una mirada de curiosidad a la comisaría. Un agente salía para ayudar a sus compañeros.

El sargento Bull examinó con atención a los detenidos. Sus ojos brillaban regocijados al contemplar el lamentable aspecto de los dos pistoleros, sobre todo él de Eddie Maxim. El teniente Singer permanecía sentado, en actitud indiferente.

—¿Usted ha sido el causante de esta agresión? —preguntó el sargento encarándose con Chris.

—No, sargento. Estos hombres me agredieron, me he limitado a defenderme.

—¿Con qué ha golpeado a Eddie Maxim? —preguntó con curiosidad. No tenía necesidad de preguntar el nombre de los dos pistoleros, pues eran sobradamente conocidos.

—Con los puños, sargento. Me han quedado bastante estropeados.

Y mostró sus despellejados nudillos.

—¿Es cierto, Maxim?

Éste contestó con un gruñido. Bull le miró amenazador.

—Quiero las contestaciones claras, Maxim.

—Sí.

—¿Por qué han querido agredirle?

Ahora se dirigía otra vez a Chris, examinándole con mayor interés. Un individuo capaz de poner fuera de combate a dos tipos como Eddie Maxim y su compinche, debía ser muy peligroso.

—Lo ignoro. Acababa de paladear el *whisky*, cuando ese hombre llamado Maxim echó pimienta en el vaso. Quiso obligarme a beberlo y me opuse. Entonces me agredió, me defendí y eso ha sido todo.

—¿Es cierto eso, Maxim?

—Sí, pero se trataba de una broma sin mala intención. No quise agredirle, fue él quien me golpeó antes.

Y mostró su ceja partida.

—No es verdad, sargento —afirmó Chris—. Existen testigos que corroborarán mi declaración.

Bull se encogió de hombros.

—No es necesario —dijo con indiferencia—. Ya podéis marcharos, y cuidado con gastar nuevas bromas. Como esto ocurra,

os tendré encerrados un par de meses.

—Gracias, sargento —asintió Maxim—. Usted ya nos conoce, trabajamos y no nos metemos con nadie.

—¡Hum! —exclamó Bull con contenida cólera.

Se mordió los labios para no prorrumpir en denuestos. Los pistoleros salieron con paso vacilante. Esto hizo sonreír al sargento, que se volvió hacia Singer.

—Ya van suficientemente castigados. No vale la pena encerrarles por una semana.

—No, ha hecho bien, sargento. A esos individuos me gustaría verles encerrados en Sing-Sing o San Quintín.

—Son verdaderamente dañinos.

Chris permanecía inmóvil; al parecer se habían olvidado de su presencia. Carraspeó, sin resultado alguno. El teniente Singer y el sargento Bull conversaban en voz baja.

—¿Voy a quedar detenido? —preguntó el joven en voz alta.

—No, ahora le interrogaré.

—¿Puedo fumar?

—Sí.

El joven estaba sorprendido por la conducta del sargento. Si Maxim y su compañero fueron los causantes de lo ocurrido, como parecía haber quedado aclarado, resultaba absurdo que ya se hubieran marchado, mientras él continuaba en la comisaría.

Lanzó una bocanada de humo, procurando conservar la calma. No le convenía irritarse, pues ello empeoraría su situación.

Transcurrieron cinco minutos. El sargento se volvió hacia Chris, como si de súbito se hubiese acordado de su presencia.

—Usted no vive en Everton City, ¿verdad?

—No, he llegado esta tarde.

—Pues ha aprovechado el tiempo, señor. Llegar y provocar una pelea, encontrándose en la comisaría. No lo creo muy correcto.

—Usted sigue confundido, sargento. Fue Maxim quien me provocó, ha quedado aclarado.

—Sí, sí, es cierto. Ya no me acordaba.

—Pues se trata de un pequeño detalle muy importante para mí.

—¿Cómo se llama?

—Christie Loewe.

—¿De dónde procede?

—Chicago.

—¡Ah, de Chicago! —exclamó Bull lanzando una rápida mirada al teniente.

—Sí, de Chicago. No le puede resultar muy extraño.

—No, no. Tan sólo ha sido una exclamación. ¿A qué se debe su llegada a Everton City?

—Debo resolver un asunto muy importante.

—Pues resuélvaselo cuanto antes y márchese.

—Así lo haré.

—Mi consejo es que no vuelva a aquel *dancing*, podría acarrearle desagradables consecuencias.

—Sé defenderme.

—Lo ha demostrado sobradamente, pero esos individuos son capaces de golpearle por la espalda. No debe darles una oportunidad.

—¿Puedo marcharme?

—Desde luego, no es mi intención arrestarle.

Chris se disponía a marcharse cuando Singer se colocó a su lado. Le miraba con fijeza.

—¿No nos hemos visto antes, Loewe?

—Imposible. Es la primera vez que visito esta ciudad.

—Yo he estado en Chicago.

—No le recuerdo.

—Mi nómbreles Arnold Singer.

—No, no creo haberle visto.

—Tenga cuidado. Siga el consejo del sargento Bull, nosotros no podemos hacernos responsables de cuanto pueda ocurrirle.

—No les he pedido protección.

—Lo sé, Loewe, lo sé —asintió Singer extendiendo las manos—. En la ciudad están ocurriendo extraños sucesos, no debe quedarse en ella mucho tiempo.

—No son ustedes muy hospitalarios.

El teniente se encogió de hombros.

—Le hemos advertido, haga lo que quiera.

—Se lo agradezco; buenas noches.

De nuevo se miraron. El sargento sonrió.

—¿Todavía cree conocer a ese hombre?

—Tengo la seguridad de haberle visto, algo en él me es familiar.

—De lo que no tengo duda es de que se trata de un individuo peligroso. Eddie Maxim tenía un aspecto deplorable.

Miró a su superior y se echó a reír. El teniente Singer se limitó a mover la cabeza, Estaba preocupado.

Chris salió de la comisaría. Se alegraba de haber salido tan bien librado de aquella situación. Sin embargo, le sorprendía el hecho de no haber quedado detenidos los dos pistoleros, pues éstos fueron los causantes de la pelea, habiendo quedado confirmado.

Decidió regresar al hotel. Sentíase cansado, debido al largo viaje efectuado y la lucha desarrollada en el «*dancing*». No comprendía el motivo de la provocación de Eddie Maxim, pues estaba convencido de haber sido deliberada.

No había visto a Fred, pues éste se mantuvo oculto, y más al cerciorarse del mal cariz de la pelea para sus amigos. De no haber sido así, todo habría quedado aclarado. En cambio ahora su mente estaba sumida en un caos de encontrados pensamientos, y ninguno de éstos tranquilizador.

No advirtió cómo una sombra le seguía. Los movimientos del individuo eran cautelosos, procurando no ser descubierto por Chris. Se trataba de Fred.

El rencoroso individuo, una vez reaccionó de la sorpresa de ver vencidos a sus compañeros, se apresuró a ir a la comisaría. Permaneció inmóvil, hasta ver salir a Maxim y al otro pistolero. Se apresuró a salirles al encuentro.

—¿Y ese individuo?

—No quiero verte, Fred —masculló Maxim irritado.

Fred retrocedió dos pasos, por temor a ser agredido, pues la actitud del corpulento pistolero era amenazadora.

—Yo no he tenido la culpa.

—¿No? Por ti le hemos provocado.

—Supongo que no querrás que esto quede así.

—¿Qué quieres decir?

—Podemos vengamos de ese tipo.

—¿Cómo?

—Lo seguiré y averiguaré dónde se aloja. Ya se presentará una ocasión favorable para ajustar cuentas.

Las pupilas de Maxim brillaron.

—Excelente idea, Fred. No le pierdas de vista, probablemente no tardará en salir de la comisaría.

La espera de Fred no fue excesivamente larga. Durante ella estuvo pensando en lo ocurrido, alegrándose de no haberle hecho frente en el tren. Un solo puñetazo de su adversario habría bastado para derribarle.

Tan pronto le vio salir de la comisaría, se apresuró a seguirle, aunque adoptando muchas precauciones para evitar ser descubierto. Si esto ocurría, desaparecerían las posibilidades de propinar al forastero una formidable paliza. Tan sólo entonces se sentiría satisfecho.

Era terriblemente rencoroso. Ahora tenía la seguridad, de vengarse, pues Maxim lo deseaba con mayor ansiedad. El siempre tuvo una fe ciega en las cualidades combativas de Maxim, no explicándose cómo pudo ser destrozado con tanta facilidad por el desconocido, y más al tener a su lado a un compañero. Su rostro mostraba las huellas del tremendo castigo recibido.

Se detuvo cuando vio al joven entrar en el hotel. Sonrió ampliamente.

—Ya conozco la madriguera de nuestro amigo.

Y se frotó las manos regocijado.

Chris, ajeno a la persecución de su cobarde y enconado enemigo, entró en el hotel, yendo directamente a su habitación. No se entretuvo, desnudándose con rapidez y metiéndose en el lecho.

Se levantó a las nueve. Le gustaba madrugar, aunque no lo hizo excesivamente, por haberse acostado tarde. Mientras permaneciese en Everton City, su existencia sería muy distinta de la suya habitual.

Desayunó y leyó el periódico, no encontrando nada de interés. Decidió dar una vuelta por la ciudad. De esta forma la conocería mejor.

Everton City no era excesivamente grande y no tardó en recorrerla. Volvió a encontrarse frente al edificio donde vivía Olivia. ¡Cuánto no habría dado por ver a la joven y continuar el paseo en su compañía!

Pero debería esperar hasta las siete, la hora de la cita. No se daba cuenta de que era seguido por un individuo, y éste no era Fred. Ahora se cuidaba otro pistolero, aunque fuese visto por el

joven. Éste no sospecharía.

De esta forma llegó el mediodía, entrando en el mismo restaurante para almorzar. A escasa distancia comió el pistolero, el cual gozaba de una gran impunidad, pues Chris se hallaba dedicado a sus pensamientos sin mirar a su alrededor.

Se estaba aburriendo, decidiendo ir al hotel y pasar algunas horas en su habitación. De esta forma esperaría hasta las siete. Aunque estuvo tendido en el lecho, no legró dormirse. Fumó continuamente, hasta decidirse a vestirse y acudir a la cita.

La idea de volver a ver a la hermosa joven le hizo sonreír. Había quedado vivamente impresionado por su belleza. El comportamiento de la muchacha fue correcto y digno. Rechazó con firmeza el torpe galanteo de Fred, el cual se llamaba a sí mismo el afectuoso. Le agradeció su ayuda y aceptó su invitación. Le trató con naturalidad, no dándole oportunidad alguna para atreverse a abrazarla ni nada parecido.

Tan sólo se limitó a aceptar su cita. Probablemente trabajaría, siendo la hora de terminar su horario de trabajo. Nada impediría faltar a la cita.

Salió a la calle y anduvo con rapidez. Echó una nueva ojeada a su reloj: faltaban diez minutos para las siete; aún podía llegar a tiempo. Vio un taxi a escasa distancia, Vaciló y alzó la mano.

El taxi se detuvo. Chris abrió la portezuela. Tan pronto lo hubo hecho vio el cañón de una pistola a escasa distancia de su rostro. Dos hombres estaban sentados y le miraban con amenazadora expresión. Hizo un movimiento para salir, cuando sonó una voz conminatoria:

—Entre o disparo.

—Creía que estaba libre.

—Le estábamos esperando, forastero. Siéntese.

El tono del pistolero indicaba su decisión de cumplir su amenaza. El balazo sería mortal, debido a la escasa distancia, como al interés de no permitirle hacer declaración alguna.

—Maxim ha sido muy amable en proporcionarme un taxi. No sé cómo agradecerles…

—Cállese. Si continúa hablando lo lamentará.

El joven obedeció, comprendiendo la inutilidad de intentar escapar. El cañón de la pistola estaba incrustado en sus costillas y el

forajido no vacilaría en apretar el gatillo.

El taxi corría a bastante velocidad, saliendo de la ciudad. No tardó en conseguirlo, encontrándose en la carretera. No siguió mucho rato, torciendo por un camino de segundo orden. El automóvil se detuvo y un pistolero saltó al suelo.

—Baje.

Chris obedeció la orden. Inmediatamente fue empujado con rudeza, viéndose obligado a dar un traspié.

—Sígame y no intente escapar, pues dispararé y lo haré a matar. No debe dudarlo.

—Como quieran, después les denunciaré a la policía.

No obtuvo respuesta, viéndose obligado a trepar por un pequeño terraplén. Entonces se vio ante Eddie Maxim y Willy. El primero mostraba en su rostro las huellas del terrible castigo recibido la noche anterior.

Sonreía ferozmente.

—Otra vez volvemos a vemos.

—Sí, ha mostrado un gran interés. Hasta ha puesto un taxi a mi disposición. Ha sido muy amable.

Chris mantenía una actitud digna, sin denotar temor por la peligrosa situación en que se encontraba. Maxim enrojeció de ira al escuchar su respuesta, avanzó hasta él y le propinó una bofetada, haciéndole retroceder tambaleándose.

—No te burles, maldito. Acabaré contigo.

—Es usted muy valiente, Maxim. Rodeado de varios secuaces y amenazándome con una pistola. Es la única manera de conseguirlo.

Maxim le asestó un puñetazo en plena boca. El joven encajó el golpe, notando el amargo sabor de la sangre. Muy cerca vio el rostro innoble de su agresor e instintivamente le golpeó.

El corpulento pistolero se tambaleó y sus brazos rodearon al joven, apretando con fuerza para no caer. Se trataba de una oportunidad para escapar de aquella celada. Debía intentarlo, de lo contrario aquellos individuos se ensañarían con él.

El peso de Maxim le agobiaba, amenazando con derribarle. Le golpeó con fuerza en el estómago, notando cómo enemigo aflojaba la presión. Ya no vaciló y continuó pegando. La cabeza de Maxim se apoyó en su hombro, inerte.

Había conseguido desembarazarse de él. Le bastaba propinarle

un simple empujón y caería al suelo estrepitosamente. Eddie Maxim continuaba resentido del castigo recibido la noche anterior. Esto le permitió abatirlo con tanta facilidad. Además, el pistolero no contaba con su réplica, por creerle atemorizado por la amenaza de la pistola.

El joven oyó gritos. Los pistoleros acababan de darse cuenta de la situación de Maxim. Uno de ellos avisó:

—Apártate, Maxim, que dispararé.

Chris observó la posición de aquel individuo. Se encontraba a unos tres metros de distancia. Reunió todas sus energías y le arrojó el corpulento pistolero. Tuvo un gran acierto y los dos hombres rodaron por el suelo.

El joven echó a correr, mientras tras él sonaban gritos y maldiciones. Después, un disparo. Oyó el silbido del proyectil, pasando probablemente muy cerca de él. Esto le hizo precipitar la velocidad de su carrera, sonando otra detonación.

Le perseguían, pero Chris corrió hacia unas malezas. Tenía dificultad para avanzar, pero esto le ocurriría a sus enemigos. Ahora contaba con la ventaja de ir por donde se le antojase, mientras los pistoleros deberían seguirle.

Otra circunstancia vino a favorecerle, pues la oscuridad empezó a extenderse sobre la tierra. Tras él, cada vez a mayor distancia, sonaban los gritos furiosos de los bandidos.

Siguió corriendo, ahora con mayor sosiego, con la certeza de haber escapado de las garras de Eddie Maxim. No tardó en salir a la carretera y emprendió el regreso a la ciudad.

CAPÍTULO V

Tan pronto llegó a una céntrica calle de Everton City, detuvo un taxi, dando la dirección del hotel. Su aspecto debía ser sospechoso, pues el taxista le lanzaba frecuentes miradas. En vano trató de poner en orden su indumentaria, pues ésta tenía algunos jirones, producidos en su alocada carrera a través de la maleza.

El conserje le entregó la llave de su habitación con un gesto de extrañeza.

—¿Le ha ocurrido algo, señor?

—He dado un paseo y me he extraviado en el bosque. No me di cuenta de la hora y oscureció de improviso. No tiene importancia.

El conserje no quedó muy convencido con esta explicación pero no se atrevió a insistir. En silencio vio alejarse al joven. Desde su llegada sus movimientos se le antojaron sospechosos. Su mano se posó sobre el auricular del teléfono, decidido a comunicar a la policía lo ocurrido. Movió la cabeza y desistió.

Chris se desnudó y se metió bajo la ducha. El contacto con el agua le fortaleció. Se enjabonó con energía, como si tratase de hacer desaparecer toda huella de la última lucha. Se enjugó la boca varias veces, haciendo desaparecer el sabor acre de la sangre. Sus labios estaban partidos por la parte interior, debido al fuerte puñetazo propinado por Maxim.

Lo que más lamentaba era no haber podido acudir a la cita. Olivia se sentiría defraudada, si tuvo algún interés por él. Desde luego, se formaría un mal concepto de él.

Se vistió. Cogió el traje y lo contempló. Su estado era deplorable. Se encogió de hombros y pulsó un timbre. No tardó en aparecer una doncella.

—¿Qué desea, señor?

—Me he extraviado por el bosque, señorita. Mi traje ha quedado destrozado, puede echarlo a la basura.

—Ha sido una lástima, señor.

—Sí.

Y Chris no pudo evitar dejar escapar un suspiro. Era infinitamente preferible que se hubiese destrozado el traje y no su pellejo. Éste tenía mayor valor para él.

El consejo del sargento Bull fue sensato, no anduvo desencaminado al dárselo. Al parecer conocía bien las características de aquellos individuos.

En su mente apareció la figura sarcástica de Jack Weaver. Aquel hombre le produjo una impresión desagradable, aún peor que Eddie Maxim. Su rostro anguloso reflejaba una gran maldad, capaz de cometer las mayores felonías.

Después de cenar se dirigió al «*dancing*». Joe se le quedó mirando con expresión atónita, como si acabase de ver una aparición.

—Un doble *whisky*, Joe.

El barman le sirvió; sus manos temblaban ligeramente. Al coger el billete musitó:

—Beba el *whisky* y márchese cuanto antes.

—No lo haré, Joe. Me gusta este local.

—Usted está loco. Le matarán.

—Ya han intentado hacerlo —respondió el joven enigmático.

Joe le miró sorprendido, no tratando de insistir. Su actitud indicaba haber hecho cuanto le fue posible para librar al joven de una apurada situación.

Saboreó el *whisky*, no soltando el vaso. Parecía no querer exponerse a que le echasen pimienta dentro. Miró a su alrededor, comprobando que estaba la sala muy animada.

Indudablemente su presencia ya debía ser conocida por sus enemigos, estando preparado para repeler un repentino ataque. Quizá éste no llegase a producirse, por temor a atraer la atención de la policía. Aquellos individuos distaban mucho de tener buenas relaciones con la ley.

—Hasta ahora no le había visto por aquí.

El joven volvió la cabeza, contemplando unas piernas esbeltas y admirablemente torneadas. Fue levantando la mirada; la cintura era

estrecha, el busto firme y agresivo. El rostro llamativo, los labios gruesos, bien trazados y muy rojos.

Sonrió ampliamente.

—Anoche no debió encontrarse aquí, ¿verdad?

—No, anoche tuve un compromiso.

—Así estamos de acuerdo —asintió Chris con ironía.

—¿Le ocurrió algo?

—Una simple discusión, nada de importancia. ¿Me concede este baile?

—Sí.

Poco después Chris tenía estrechamente enlazada a la llamativa mujer. Ella le sonreía, provocadora, envolviéndola en seductores miradas.

—¿Había estado antes en Everton City?

—No, es la primera vez. Y lo lamento.

—¿Por qué?

—La habría conocido antes. He estado perdiendo el tiempo.

Ella soltó una carcajada, aproximándose más a él. Chris la miró sonriendo.

—Es usted un adulador.

—Tan sólo sincero. ¿Cómo se llama?

—Katia.

—Un nombre precioso. Katia, nunca me olvidare de él. El mío es Chris.

—¿Se quedará mucho tiempo en Everton City?

—No depende de mí, Katia. Debo realizar unas gestiones, en cuanto estén terminadas regresaré a Chicago.

—Nunca he estado en Chicago. Me gustaría visitar esa gran ciudad.

—Quizá la defraudase.

—No lo creo. Ya estoy harta de estar en este pueblo miserable.

Y Katia hizo un mohín desdeñoso.

—Se muestra injusta con Everton City, es una pequeña ciudad deliciosa. Uno de sus mayores atractivos es carecer del bullicio de Chicago.

Cesó la música y Katia se apoyó en el brazo varonil.

—Ocupemos una mesa, Katia. Si no tiene compromiso.

—En absoluto, Chris —se apresuró a responder ella.

El joven divisó una de las escasas mesas vacías, dirigiéndose a ella. Ofreció una silla a Katia y se sentó a su lado. La examinaba con atención, no sintiéndose defraudado: era muy bella.

—¿Quieres champaña?

—Sí, tengo sed.

Encargó una botella al camarero. Éste le atendió con evidente desconfianza, como si no le gustase verle ocupando una mesa a su cargo. Aquel hombre le recordaba perfectamente, temiendo ocurriese algo parecido a la noche anterior.

Brindaron alegremente y volvieron a bailar. Chris trataba de no perder la cabeza; entre el champaña y la proximidad de aquella excitante mujer podía ocurrir. Necesitaba estar en posesión de todas sus facultades para hacer frente a cuantos peligros pudieran acecharle.

La botella quedó vacía. Katia le miró interrogadora —mente, mientras sus labios formaban un provocador círculo. Chris movió la cabeza y dijo:

—Ya hemos bebido bastante, Katia. El champaña se sube a la cabeza con mucha facilidad.

—Pero es delicioso. Vale la pena perder la cabeza.

—Yo no bebo más. Si quieres una botella, la pediré.

—Será mucho para mí, Chris. Sé buen muchacho y ayúdame a vaciarla. Debemos celebrar nuestro encuentro.

—Ya lo hemos celebrado, encanto.

—Me estás defraudando. Te creí más atento y solícito, pero me he equivocado.

—¿Quieres más champaña?

—Sí, yo no temo embriagarme.

Chris atrajo la atención del camarero, pidiendo otra botella de champaña. Éste se apresuró a descorchar la botella, llenó la copa de Katia y la del joven. Éste no se opuso.

Katia se echó a reír y le amenazó con el índice.

—Eres un hipócrita. Acabas de desmentir tus palabras anteriores.

—Sólo en parte. Es la última copa, no me sentará mal.

En efecto, Chris apenas había bebido una pequeña parte del contenido de su copa, cuando Katia vació la suya. El joven se la volvió a llenar.

—¿Se divierte, forastero?

Chris levantó la cabeza, mirando a Jack Weaver, quien aparecía sonriente.

—Sí, gracias por su interés.

—Se está convirtiendo en un buen cliente, señor.

—Eso indica no correr el riesgo de que me eches pimienta en el champaña, ¿verdad?

—Desde luego. Debe olvidarse del incidente de anoche, carecía de malicia. Eddie Maxim es un buen muchacho, algo bromista. No le guarde rencor, no se lo merece.

—Por eso he vuelto. Sólo deseo divertirme.

—Me alegra oírselo decir. Temía encontrarle resentido.

—En realidad no tengo motivos. Tan sólo recibí un golpe, el pobre Maxim muchos más y debió beber aquel endemoniado combinado.

La sonrisa de Weaver se crispó en sus labios. Chris le miraba con disimulada fijeza y lo advirtió. No obstante, Weaver reaccionó rápidamente y golpeó afectuosamente el hombro del joven.

—Si surge algún inconveniente, sólo debe acudir a mí. Le atenderé lo mejor posible. Jack Weaver, a su disposición.

—Muy agradecido, Weaver.

Durante la breve conversación, Katia había estado bebiendo en actitud distraída. Pero Chris no se dejó engañar, ni una sola palabra se le escapó.

Volvieron a bailar. Se trataba de una pieza rápida y Chris procuró acelerar lo más posible el ritmo. Katia ya tenía los ojos brillantes y respiraba con cierta dificultad. Fueron tres bailes seguidos; cuando ella se dejó caer en la silla dejó escapar un suspiro.

—Es una noche deliciosa, Chris.

Cogió su copa y la vació. Sonriendo aproximó su cara a la del joven.

—Dame un beso.

—Hay mucha gente, Katia.

—No importa, nadie se dará cuenta.

El la besó con suavidad en los labios.

—¡Oh, Chris! —exclamó Katia en tono de reproche—. Bebe más champaña.

Por toda respuesta llenó la copa de ella. Katia empezó a hablar, trabándosele la lengua a menudo. Chris echó una ojeada a la botella; por fortuna ya quedaba poco champaña y la borrachera sería de escasa dimensión.

La copa quedó vacía y Chris la volvió a llenar. Apenas quedaba media copa, se encontraba completamente despejado, no vacilando en echar el champaña en su copa.

—Vuelves a beber, Chris, eres un buen chico.

—Lo soy, Katia. Nos iremos enseguida, ¿verdad?

—Sí, tengo ganas de acostarme. La cabeza empieza a darme vueltas.

—Has abusado un poco del champaña.

—Estaba muy bueno, no me riñas.

Le rodeó el cuello con los brazos y le besó apasionadamente. El joven por un momento temió sucumbir, pero se desasió con suavidad.

—Estamos llamando la atención, encanto.

—¡No nos importa los demás! Tú y yo nos queremos, eso es lo único interesante.

Chris asintió con un movimiento de cabeza, observando como Katia acababa de vaciar su copa.

—Dame más champaña.

—Ya no queda.

—Pide otra botella.

—No, Katia. Ya has bebido bastante. Vámonos, el aire te sentará bien.

—Como quieras.

Pagó al camarero y ayudó a Katia a levantarse. La joven no estaba muy embriagada y se sostuvo bien sobre las piernas. Se cogió del brazo de Chris y anduvo con relativa soltura. Él sonrió tranquilizado, pues temió verse en una situación más difícil.

—¿Te encuentras bien, Chris?

—Perfectamente, querida —respondió sonriendo—. ¿Y tú?

—Como si estuviese en la gloria. ¿Me acompañas a mi apartamiento?

—Naturalmente. No voy a dejarte sola en la calle.

—Eres todo un caballero. Allí hay un taxi.

—Ya lo veo, Katia. Cogeremos otro, es conveniente andar un

poco.

—Como quieras, tú mandas.

Y se apoyó en él. Chris se rascó el cuello, habiéndola enlazado por la cintura. Nunca más cogería un taxi colocado a su alcance, por lo menos en Everton City. Todos ellos le inspirarían una gran desconfianza. Éste fue el motivo por el cual indicó ser conveniente pasear un poco. No deseaba caer en otra celada, pues no tendría la suerte de aquella tarde.

No tardó en ver otro taxi, atrayendo su atención. Ayustó a Katia a subir, instalándose a su lado. Chris indicó a la joven diese su dirección al chófer.

Cuando el taxi se detuvo, pagó la carrera y ayudé o descender a Katia. Ésta se detuvo ante la puerta del edificio y abrió el bolso, extrayendo una llave. Chris la cogió y abrió la puerta.

—Hasta la vista, Katia.

—¿No subes? Te prepararé café.

Y le envolvió en una seductora mirada, mientras le ponía las manos en los hombros. Chris la besó con ardor. Después se separó.

—No puedo, siempre acostumbro a acostarme temprano. Es una costumbre adquirida en mi infancia.

—Chris, no seas malo.

Pero él le golpeó con suavidad en la mejilla. Volvió a besarla y se alejó. Katia permaneció inmóvil, mientras en su rostro aparecía un mohín de decepción. Su pie golpeó con furia en el suelo.

—¡Estúpido!

Chris andaba, tras haber encendido un cigarrillo. Estaba contento de haber conseguido librarse de Katia, aunque para ello debió hacer un gran esfuerzo. Katia era muy hermosa y representó una terrible tentación.

Se encaminó de nuevo al «*dancing*», deteniéndose poco antes de llegar. Se apostó en un lugar oscuro, donde no pudiese ser descubierto y esperó pacientemente.

Vio salir a los últimos clientes. Entonces un pensamiento se le ocurrió; quizá acababa de librarse de un peligro inminente. En el apartamiento de Katia podían estar esperándole un par de pistoleros. La hermosa joven era un tentador anzuelo, no teniendo ninguna duda. Se esforzó en hacerle beber, consiguiendo tan sólo embriagarse ella.

¿Qué induciría a aquellos hombres a quitarle de en medio?

Esta pregunta se la había hecho infinidad de veces, sin hallar la respuesta adecuada. La provocación de Eddie Maxim fue premeditada, y no podía ser inducida por una repentina aversión. Algo se ocultaba tras la conducta del corpulento pistolero.

Y estaba decidido a descubrirlo. De esta forma conocería el suelo que pisaba, evitando dar un peligroso tropezón.

Vio aparecer a tres individuos, reconociendo a dos de ellos. Eran Weaver y Maxim. Éste gesticulaba con energía, denotando mal humor. No oía sus palabras, pero tenía la seguridad de conocer su significado. Probablemente se lamentaba de no haberle atacado, aprovechando aquella ocasión.

Weaver andaba en silencio, con expresión meditativa, sin hacer caso de las vehementes frases de su acompañante. Chris les siguió a prudente distancia, teniendo un gran interés por conocer sus alojamientos. Tan sólo si montaban en un coche quedaría burlado, pues no le sería posible seguirles.

Por fortuna no fue así. Los tres hombres se dirigían a una calle próxima.

—Ahora lo he tenido en mis manos, Weaver, hubiera podido destrozarle.

Éste se volvió. Sonreía con dureza.

—¡Eres un imbécil, Maxim! Esta tarde lo has tenido a tu merced, estaba encañonado y se te ha escapado.

—Me ha sorprendido. Ha sido muy rápido, pero no volverá a ocurrir, ya conozco sus mañas.

—Te ha vencido en dos ocasiones, no te preocupes más de él.

—Sí, lo mataré —replicó el pistolero con reconcentrado odio.

—¡Bah, probablemente se marchará pronto de Everton City!

—Lo lamentaría. Quiero vengarme, esta noche se ha burlado de nosotros. El atractivo de Katia no ha servido para nada. Los muchachos le han esperado en vano.

—Todo se debe a ese inútil de Fred. También me gustaría dar su merecido a ese forastero, pues me molesta la seguridad que tiene en sí mismo.

—Cuando vuelva al «*dancing*», no saldrá.

—No, en el local no quiero nada. Ni una pelea más, no deseo atraer la atención de la policía. ¿Me has entendido?

—Sí.

CAPÍTULO VI

Durante la mañana, Chris estuvo realizando algunas gestiones, quedando complacido del resultado obtenido.

Al mediodía se apostó frente a la casa donde vivía Olivia. De pronto divisó la esbelta figura de la muchacha. Su corazón latió con violencia. Con un esfuerzo le salió al encuentro.

La muchacha se detuvo al verle. Su rostro enrojeció, apareciendo al mismo tiempo una expresión de dureza. Siguió andando, llegando a la altura de Chris sin detenerse.

—He venido a disculparme, Olivia.

No obtuvo respuesta. Chris estuvo tentado de dar media vuelta y alejarse. No lo hizo, algo superior a su voluntad se lo impidió. Alargó la mano y asió el brazo de Olivia.

—¿Tan enfadada está que no acepta mis excusas?

—No son necesarias.

—Es usted injusta. Surgió un obstáculo tan poderoso que no me fue posible eludirlo.

—Bien, ya está disculpado.

El continuaba sujetándola. Olivia le miró despectiva.

—Haga el favor de soltarme.

—Sí. Perdone por haberlo hecho. Lamento mi falta de puntualidad, pero se debió a algo opuesto a mi voluntad.

—Me hago cargo. En realidad carece de importancia.

—Pues no debería mostrarse furiosa.

—No lo estoy.

—Sentiría me considerase igual a Fred.

—Usted afirmó que estaría a las siete, siendo puntual. Le estuve esperando media hora —estalló la muchacha con furia, no logrando contenerse.

Chris respiró aliviado, incluso llegó a sonreír.

—No se ría, es usted un insolente.

—Pero…

La muchacha con rapidez echó a andar, llegando a la puerta de la casa. Chris la siguió, teniendo el tiempo justo de alcanzarla.

—No se muestra justa conmigo, Olivia. Debe darme otra oportunidad, le prometo no defraudarla.

—No creo en sus promesas. Además, no me interesa su compañía.

—No es usted sincera.

—¡Es usted un presuntuoso! —exclamó ella airada.

Apareció el portero, examinando a Chris con desdeñosa mirada.

—¿La está molestando, señorita Harris?

—Sí.

El portero se irguió. Era un hombre de unos cincuenta años, de endeble constitución física.

—Haga el favor de marcharse, o llamaré a un policía.

Olivia aprovechó la oportunidad para entrar en la escalera. El joven estuvo tentado de empujar a aquel individuo y seguirla, pero no se atrevió. La muchacha no le perdonaría haber atropellado a aquel buen hombre.

Se volvió disgustado. Jamás hubiese creído hallar una actitud semejante en Olivia. Resultaba incomprensible, pues se justificó lo mejor posible. Le habló de una dificultad imprevista, un obstáculo insuperable. Esto le podía ocurrir a cualquiera, siendo, disculpable. Pero la muchacha no tuvo en cuenta ningún razonamiento, llegando incluso a encresparle.

Esta actitud sólo podía tener un significado: Olivia habíase enamorado y sintióse defraudada por no verle acudir a la cita. Esto resultaba absurdo, pues la muchacha sólo le había visto una vez. Y sin embargo, él estaba enamorado.

La conducta de Olivia tenía el calificativo de abominable, pues ni siquiera quiso escucharle, acogiéndose a la presencia del portero para librarse de su presencia.

No volvería a verla, confiando no tardar en olvidarla, Algo en su interior le inducía a afirmar no serle posible; el recuerdo de Olivia ya no se borraría de su mente.

Decidió apartar de su mente el recuerdo de Olivia. Lo

necesitaba, debía estar en posesión de todas sus facultades para realizar la misión que le hizo viajar hasta Everton City.

* * *

Una llamada telefónica hizo coger el auricular al agente. No llegó a pronunciar una sola palabra, pues su rostro adquirió una intensa palidez al oír una voz angustiosa:

—¡Por favor, auxilio, estos hombres me quieren matar! ¡Comisaría…, auxilio…!

—¿Quién habla? —inquirió el policía con ansiedad.

—Peter…

La comunicación quedó cortada. El agente se quedó inmóvil, sin acabar de reaccionar. El sargento Bull le miró y exclamó:

—¿Qué diablos le ocurre? Parece haber visto un fantasma.

—Un hombre pedía socorro. Dice que irnos hombres querían matarle.

Bull se levantó impulsivo al oír la contestación de su subordinado. En largas zancadas llegó a su lado.

—¿Quién era?

—No lo sé. Dijo llamarse Peter. Tan pronto pronunció su nombre, la comunicación quedó cortada bruscamente.

—¡Rápido, llame a la central! Debemos localizar dónde fue hecha esa llamada. La vida de un hombre puede estar en peligro.

El agente se apresuró a cumplir la orden. Bull acudió al lado del teniente Singer, comunicándole lo ocurrido. El joven inmediatamente dio muestras de intranquilidad.

—Sargento Bull, debemos localizar ese teléfono y acudir con la mayor rapidez. Tengo el presentimiento de ser una nueva hazaña de esa cuadrilla de asesinos. Estoy ansioso de poder actuar, es terrible permanecer inmóvil, mientras el terror se va extendiendo por la ciudad.

—Soy de su opinión.

Y regresó al lado del agente. Éste al verle se encogió de hombros, como indicándole estar esperando la contestación. Transcurrieron con lentitud dos minutos. Singer se paseaba por la estancia, incapaz de permanecer quieto. Bull golpeaba sobre la mesa sin cesar. Ambos se quedaron quietos al ver cómo el agente

prestaba atención al aparato.

—Gracias.

Y colgó precipitadamente.

—Se trata de Peter O'Connors…

—No perdamos tiempo —dijo Singer—. Es preciso llegar a tiempo. Quizá sea una falsa alarma, pero es preferible correr el riesgo de quedar en ridículo.

El automóvil arrancó veloz. El agente conducía con seguridad, mientras hacía sonar la sirena evitando cualquier obstáculo. Se detuvo ante la tienda propiedad de Peter O'Connors. Ya estaría cerrada para la venta.

Singer saltó ágilmente a la acera, seguido del sargento Bull. Éste se movía con una agilidad insospechada debido a su corpulencia.

El teniente llegó hasta la puerta y la empujó, no encontrando resistencia, pues estaba abierta. Sin vacilar cruzó el umbral, siempre seguido del sargento. Ambos se movían en silencio, rapidez y sigilo, con el propósito de sorprender a los asaltantes.

Oyeron pasos precipitados, viendo a un hombre correr a escasa distancia de ellos.

—¡Alto o disparo! —ordenó Singer.

No obtuvo contestación y no le fue posible cumplir su amenaza, pues el individuo se le perdió de vista, entrando en otra habitación. Le siguió mientras decía:

—Suba arriba, sargento.

Llegó a la salida trasera de la tienda. El intruso ya había desaparecido, viendo tan sólo unos instantes su figura. Ésta le pareció vagamente familiar. No intentó seguirle, pues comprendió la inutilidad de hacerlo.

Entró de nuevo en la casa, subiendo al piso superior, mejor dicho, un altillo. La puerta del despacho de Peter O'Connors estaba abierta. El sargento se encontraba inclinado sobre un hombre, tendido en el suelo, mientras el comerciante, muy pálido, estaba apoyado en su mesa.

—¿Está muerto ese hombre, Bull?

—No, teniente. Tan sólo ha sido noqueado. Hemos tenido suerte,

se trata de un miembro de la mano negra.

Singer dejó escapar un ruidoso suspiro, pareciéndole increíbles las palabras de su subordinado. Al fin conseguía tener en su poder a un pistolero de la supuesta Mafia. Le interrogaría, descorriendo el velo de aquel misterio.

—¿Ha sido usted quien le ha derribado, señor
O'Connors?
—preguntó mirando al comerciante.

Éste movió la cabeza negativamente.

—No, le golpeó ese joven que acaba de salir.

—¿No pertenecía a la cuadrilla?

—No, él me ha librado de la muerte. Estaban dispuestos a disparar contra mí. Ha sido terrible, teniente. Vi entrar a esos hombres y me apresuré a llamarles, pero me cortaron la comunicación.

Se detuvo, respirando con dificultad. Todavía estaba asustado, no habiendo logrado reaccionar. En sus ojos se reflejaba el terror.

—Tranquilícese, señor
O'Connors.
Beba un poco de *whisky*, le sentará bien.

—No tengo licor, un poco de agua bastará.

Con paso vacilante salió de la estancia, mientras Singer miraba a su alrededor desconcertado. No comprendía lo ocurrido, deseando escuchar el relato del comerciante. Bull, de rodillas, le miró.

—¿Qué le parece todo esto?

—Inexplicable. No encuentro una solución razonable.

—Ahora ya tenemos a esta buena pieza, le haremos declarar y capturaremos a toda la banda.

—No tan deprisa, Bull. Es pronto para cantar victoria. ¿Vuelve en sí esa buena pieza?

—No, le golpearon en la mandíbula y al caer se golpeó en la cabeza. Ya le haré reaccionar. Es un antiguo conocido, se llama Mickey Minelli, un italoamericano habitual delincuente.

Peter
O'Connors
regresó. Su aspecto indicaba haberse reanimado. Su paso era más firme y el color volvía a su rostro. Singer le señaló una silla y el comerciante se dejó caer en ella. Bull le ofreció un cigarro,

O’Connors
lo cogió con mano todavía temblorosa y la encendió.

—Ahora explíquenos todo lo ocurrido. Procure no emitir ningún detalle, puede ser muy importante.

—Sí, teniente.

Lanzó una bocanada de humo y se acomodó en la silla. Empezó a hablar, cada vez con mayor firmeza.
O’Connors
hacía dos días recibió el anónimo, firmado por la ya famosa mano negra. No denunció el hecho a la policía, por estar asustado, le exigían cincuenta dólares mensuales. Aquella tarde recibió una llamada telefónica, exigiéndole la entrega del dinero. Exasperado respondió que no estaba dispuesto a entregarlo. La comunicación fue cortada bruscamente.

Ya no estuvo tranquilo, temiendo haberse atraído la amenaza de los forajidos. Estaba arrepentido de su decisión, pues los pistoleros eran capaces de disparar a matar contra él. No sería la primera víctima.

Cuando se hubo marchado el último de sus tres empleados, subió a su despacho. Acabaría de poner en orden algunos asuntos y se marcharía a su casa.

Oyó un ligero ruido abajo y se asomó. La sangre se le heló en las venas. Tres hombres acababan de entrar en la tienda. Su aspecto no le dio lugar a dudas: eran pistoleros.

Sin meditarlo descolgó el auricular y marcó el número de la comisaría. Tan pronto obtuvo respuesta empezó a hablar precipitadamente.

—¡Por favor, auxilio, estos hombres me quieren matar! ¡Comisaría…, auxilio…!

Fue a dar su nombre, respondiendo a la pregunta del sargento:

—Peter…

Una mano cortó la comunicación. Se halló frente a un individuo de agresiva expresión, quien le sujetó por la solapa, zarandeándole con violencia. Sus dos compañeros le rodeaban. Recibió una bofetada, mientras una voz ronca rugía:

—Con que se niega a entregar el dinero, ¿eh?

—No, no, se lo entregaré.

—Nos ha hecho hacer esta visita y le daremos un pequeño

escarmiento. Esto le enseñará a no volver a negarse. No acostumbramos a amenazar en vano.

—Ya no intentaré desobedecerles.

—De eso tengo la seguridad —respondió el pistolero.

Y le propinó un puñetazo en pleno rostro, haciéndole doblar sobre la mesa. En aquella posición le dio un alevoso golpe en un costado, arrancándole un grito de dolor.

—Ha cometido una gran tontería,
O'Connors.
El resultado será el mismo, ¿no se daba cuenta?

Y contemplaba sonriente a su víctima, sintiéndose el dueño de la situación. La impunidad de aquellos bandidos de Everton City parecía ser completa, debiéndose a su eficaz situación. Procedían con habilidad y dureza, no vacilando en matar. Seguían las instrucciones de su jefe sin la menor vacilación.

Aquellos comerciantes debían acceder a sus peticiones, tanto por temor a sus vidas, como al probable riesgo que pudiesen correr sus seres más queridos. Recurría a esto último para amedrentar a los más valerosos.
O'Connors
se incorporó, respirando con dificultad. Se trataba de un hombre de fuerte complexión, aún joven. Pero no se le ocurrió la idea de defenderse. Los golpes no fueron excesivamente fuertes, habiéndoselos asimilado bastante bien. De tener enfrente sólo a aquel pistolero, tenía la seguridad de vencerle.

—Confío en no volver a verle,
O'Connors
—masculló entre dientes.

Y sonrió sarcástico.

—Les entregaré el dinero.

—Ahora queremos cien dólares; esta cantidad es aparte de su cuota. Es para los gastos de esta visita.

—No tengo ese dinero aquí.

—¿No? Siempre acostumbra a poner inconvenientes,
O'Connors.
No nos gusta su comportamiento.

—Cien dólares es mucho dinero para llevar encima.

—Entréguenos cuanto tenga en la tienda, el resto ya le entregará

con el pago de la primera cuota.

El comerciante se humedeció los resecos labios con la lengua. Temblaba de forma ostensible, tanto por temor como de indignación.

La sonrisa del pistolero se endureció, sus pupilas brillaron amenazadoras.

—¿No me ha oído, O'Connors?

—Sí, sí, les entregaré el dinero. Ahora sólo serán veinte dólares.

—¿Veinte dólares? Vamos, no trate de burlarse de nosotros. La recaudación de hoy debe superar los cien dólares.

—Ese dinero no puedo tocarlo, es…

Con el dorso de la mano propinó un golpe en la boca del comerciante. O'Connors retrocedió dos pasos, mientras el pistolero parecía dispuesto a continuar golpeándole.

Entonces sonó una voz varonil y firme:

—Esto es muy interesante, señores. ¡Hagan el favor de levantar los brazos!

Los tres pistoleros se volvieron sobresaltados. Ante ellos, un hombre con la cara cubierta por un pañuelo, les encañonaba con una pistola. No le oyeron llegar, entrando en la estancia de improviso. Sus movimientos fueron cautelosos. Daba la impresión de ser decidido y estar dispuesto a disparar.

—¿Quién es usted? ¿Por qué se mezcla en esto?

—No me gusta ver golpear a un hombre estando bajo la amenaza de unos bandidos como ustedes.

—Esto no es de su incumbencia. Márchese de aquí.

El desconocido movió la cabeza negativamente.

—Voy a entregarles a la policía. Estoy convencido de que me lo agradecerán. —Se encaró con el pistolero que golpeó a O'Connors —. ¿Quién es su jefe?

—Lo ignoro.

Ahora fue el pistolero quien recibió un golpe en pleno rostro, retrocediendo hasta la mesa. El desconocido le miró con frialdad.

—Es preferible me responda la verdad. Le propongo un trato. A

cambio del nombre de su jefe, les dejaré escapar.

—No lo sé, le he dicho la verdad.

—¿Quién les ha dado las instrucciones para atemorizar al señor O’Connors?

—Eddie Maxim.

—¿Cómo se llama el jefe de la Mafia?

—No le he visto nunca. No sé quién es.

—Bien…

O’Connors,

haga el favor de llamar al capitán Gaskell. No tardará en estar aquí.

El comerciante vaciló. En sus ojos se reflejaban el terror y el deseo de cumplir la orden recibida.

—Obedezca o dispararé contra usted. Estoy dispuesto a todo.

Se decidió y cogió el auricular, empezando a marcar el número de la Comisaria. Apenas había marcado dos números, cuando el pistolero se arrojó contra el desconocido. Pero éste no se dejó sorprender y le golpeó con el puño izquierdo en la barbilla, haciéndole retroceder tambaleándose.

Sus dos compañeros trataron de abalanzarse sobre el joven, pero éste disparó. El proyectil pasó muy cerca de la cabeza de uno de sus enemigos. Éstos ya no titubearon y salieron de la estancia corriendo. Su acción fue tan veloz que el desconocido no tuvo tiempo de volver a encañonarles.

Su mirada estaba fija en el tercer pistolero, quien estaba dispuesto a imitar a sus compañeros. Con un rápido movimiento introdujo la pistola en el bolsillo de su chaqueta y saltó sobre él.

—Tú no te escaparás.

Y le golpeó dos veces seguidas. El pistolero cayó de espalda, dándose un fuerte golpe en la cabeza. Quedó inmóvil.

—Éste ya está listo —comentó.

Miró a

O’Connors.

Éste continuaba temblando y musitó:

—No ha debido intervenir. Estos bandidos se vengarán.

—Ustedes tienen la obligación de hacerles frente. Si no lo hacen, siempre se verán sometidos a las viles peticiones de esos canallas.

—Es cierto, pero amenazan a nuestros familiares. La policía no es capaz de detenerlos.

—Ustedes tienen la obligación de hacerles frente. Si tan culpables como esos bandidos.

O'Connors fue a responder cuando se oyó ruido en la parte de abajo. El desconocido actuó con rapidez, mientras murmuraba:

—Es la policía.

Y salió, corriendo.

Entonces fue cuando irrumpieron en el despacho el teniente Singer y el sargento Bull.

Éstos habían escuchado en silencio el relato del comerciante. El teniente comentó:

—Todo esto es muy extraño.

—Eso me ha parecido, teniente. Ese joven parecía ser extraordinariamente decidido. Llegó a asustar a esos bandidos.

—¿Qué aspecto tenía?

—No pude verle bien, pues ocultaba el rostro con un pañuelo hasta los ojos. La cabeza estaba cubierta por una gorra pequeña. No obstante, parecía tener unos treinta años, alto y de fuerte complexión. Vestía con elegancia y hablaba correctamente.

—Bien, bien, trataremos de localizar a ese hombre. De una cosa podemos tener la seguridad: es un declarado enemigo de esa supuesta Mafia.

—Sí, mostraba un gran interés por conocer el nombré del jefe de la organización.

—Un improvisado aliado. Aunque no sea correcto actuar por su cuenta, pues eso le creará dificultades.

—Quizá hubiéramos logrado detenerle —dijo Bull.

—No, sargento. Era rápido y nos llevaba bastante delantera. No es necesaria su detención…, por el momento.

El joven teniente miró al comerciante.

—¿Usted qué piensa hacer? —preguntó.

—La situación continúa siendo la misma, teniente Singer. Estoy indeciso, temo por mi familia.

—Le comprendo,

O’Connors.

No puedo asegurarle ninguna protección, aunque todo parece haber cambiado. Esos bandidos han tenido un tropiezo y hemos logrado detener a uno de ellos. Le obligaremos a declarar y quizá consigamos la detención de toda la banda. Hasta ahora actuaban

con la más completa impunidad y ya no es así.

—Es cierto —respondió el comerciante con viveza.

En Sus ojos apareció un destello de esperanza.

—No se alegre prematuramente, señor
O'Connors.
Esos forajidos continúan siendo temibles.

—Cuánto me gustaría ayudarles y negarme a entregarles un solo centavo, pero debe comprender.

—Me hago cargo y no se lo censuro.

Singer se volvió hacia el sargento. Éste permanecía inmóvil, sin apartar la mirada del pistolero.

—Procure hacerle volver en sí y nos marcharemos.

—Inmediatamente, teniente —respondió Bull, haciendo un guiño significativo.

Sin aparente esfuerzo, colocó el cuerpo inerte del forajido en una silla. Seguidamente empezó a propinarle suaves bofetadas. El bandido dejó escapar un gemido y abrió los ojos. Bull sonrió afectuoso.

—¿Cómo te encuentras, amigo?

El individuo contrajo el rostro en una mueca de dolor, siendo sustituida por otra de terror.

—Yo no he hecho nada, sargento.

—¿De veras? Eso ya lo comprobaremos en la Comisaría. Vamos a tener una amistosa conversación. —Su mirada se fijó en las manos del pistolero y comentó sarcástico—: No tienes ninguna mano negra, muy extraño.

—No le entiendo, sargento.

—¿No? No me gustan los individuos que fingen ser tontos. Se pierde mucho tiempo.

—Sólo hemos tratado de gastar una broma al señor
O'Connors.
Él puede decirlo.

Y miró al comerciante. En sus ojos se reflejaba una clara amenaza.
O'Connors
no respondió, titubeando sobre cuál debía ser su actitud. Esto hizo concebir esperanzas al pistolero, llegando a sonreír abiertamente.

—¿Se da cuenta, sargento?

El rostro de éste se endureció.

—El señor O'Connors ya no interviene en este asunto. Ahora se encargará el capitán Gaskell, y da la casualidad que mi jefe aborrece a los tipos de tu calaña. Lo mismo le ocurre al teniente Singer y da la coincidencia que a mí también.

El pistolero palideció intensamente. Toda su entereza y arrogancia se derrumbó con estrépito.

—No puede detenerme, sargento. —Miró a Singer—. Teniente, no he hecho nada malo.

—El sargento Bull se encargará de averiguarlo —se limitó a responder el joven.

Se encontraba atareado en examinar la estancia, por si encontraba algo que hubiese pasado inadvertido para su mirada. No parecía estar preocupado lo más mínimo por el miserable.

—Echa a andar. Tenemos prisa por regresar a la Comisaría.

Y asiéndole con fuerza de un brazo le obligó a levantarse. Las piernas del pistolero temblaban, tanto por el golpe recibido, como por el temor de que estaba posado. Sus ojos recorrían el despacho, dando la impresión de buscar algún lugar por donde escapar.

—Usted permanezca tranquilo, O'Connors. Trataremos de protegerle, no cometa ninguna imprudencia.

—Así lo haré. Les estoy muy agradecido.

—Nosotros apenas hemos hecho nada por usted. A quien debe darle las gracias es a ese desconocido.

Y se despidió con un gesto. Bull empujó con suavidad al pistolero, obligándole a avanzar.

CAPÍTULO VII

El teniente Singer se dirigió al coche, seguido del sargento y el detenido. Lo hizo con paso rápido. Su mano abrió la portezuela, disponiéndose a entrar.

En aquel instante apareció un coche. Avanzaba con relativa lentitud. Un hombre se asomaba a la ventanilla. El pistolero lo divisó y su semblante adquirió una intensa palidez.

—No, Willy. No dispares, no hablaré.

Bull, Sorprendido, volvió a cogerle del brazo. Entonces sonaron dos detonaciones y el coche se alejó a gran velocidad.

El pistolero se estremeció y Bull trató inútilmente de mantenerle derecho. El facineroso se desplomó sobre la acera y a su lado no tardó en extenderse un charco de sangre.

—¡Maldición, lo han matado! —gritó el sargento, exasperado.

Y su mirada se posó en el coche fugitivo. Retuvo el número de su matrícula. Corrió hacia el automóvil, pero éste ya había arrancado. El teniente Singer emprendía la persecución de los asesinos.

Singer no pudo, desarrollar una gran velocidad. La calle estaba muy transitada y se exponía a sufrir un accidente. Se vio obligado a efectuar una brusca maniobra para evitar estrellarse contra un camión.

El coche de los forajidos había doblado una esquina, estando cada vez más alejado: No tardó en perderle de vista y se mordió los labios exasperado.

—¡Se me han escapado! —masculló.

Con los dedos crispados en el volante, decidió regresar a donde estaba el sargento. Bull se apresuró a salirle al encuentro. Su cara denotaba su estado de ánimo.

—No he podido evitarlo, teniente. Esos bandidos han actuado con mucha rapidez. Están dispuestos a no dejarse sorprender. No vacilan en disparar a matar con tal de evitar ser denunciados.

—He sido tan culpable como usted, Bull —respondió el joven, encogiéndose de hombros—. Esos bandidos han actuado con gran celeridad. Ha sido una lástima, pues hubiéramos podido conseguir una importante revelación.

—No lo dude. Hubiese obligado a hablar a ese rufián —afirmó Bull, señalando el cadáver—. Ya he avisado a una ambulancia y no tardará en llegar. El agente y yo regresamos a la oficina.

—De acuerdo.

El agente subió al coche con Singer. Hasta entonces apenas había cumplido algunas órdenes del sargento, pues no reaccionó con eficacia al disparar los pistoleros. Bull se cuidaba de mantener alejados a los curiosos.

—Lo lamento, teniente. Me quedé sorprendido por la inesperada agresión. Sólo he conseguido anotar el número del coche. El sargento Bull también lo ha hecho.

—No se preocupe. Nuestro error ha consistido en estar muy confiados, aunque el resultado habría sido el mismo o peor. Esos bandidos hubieran disparado contra nosotros. Apenas habríamos podido defendemos.

El agente respiró tranquilizado al oírle, pues no estaba muy complacido de su conducta. Lo dicho por su superior era cierto. Los forajidos tenían a su favor el factor sorpresa. De haber intentado detenerlos, no habrían vacilado en disparar contra ellos a matar.

—Éste es el número, teniente.

—No tiene importancia. Ese automóvil no tardará en aparecer en alguna calle abandonado. Habrá sido robado.

—Sí, es cierto. No había caído en ello.

—Son demasiado astutos para cometer un error semejante. Están decididos a no dejar huellas.

Una vez hubo detenido el coche, dio instrucciones al agente y saltó a la acera. No tardó en encontrarse sentado ante el capitán Gaskell. Éste no hizo ninguna pregunta. El aspecto del joven denotaba no haber obtenido un resultado lisonjero en la diligencia efectuada. Esperó con calma a que hablase el teniente.

Singer relató lo ocurrido con la mayor minuciosidad y brevedad

posibles. Su superior no le interrumpió una sola vez. Sus dedos jugueteaban con un lápiz.

—Algo hemos obtenido, Singer.

—Sí, señor. Un pistolero menos, asesinado por sus propios compañeros. Esto quizá sirva para desmoralizarles y cometer un error irreparable. Debemos estar pendientes de sus movimientos.

—Hasta ahora no hemos hecho otra cosa —replicó el capitán Gaskell, con amigable ironía.

—Es verdad, aunque sin esperanzas de conseguir nada positivo. Desde ahora puede cambiar la situación.

—En eso confiaremos. No ha hecho ningún comentario acerca de ese misterioso individuo.

—Me tiene intrigado, señor.

—A mí también. Resulta sorprendente su actuación, acudiendo en defensa de
O'Connors.
Él nos dejó esa pieza que se nos ha desvanecido de las manos.

—Al parecer es hábil, fuerte y decidido. Lo advertí al verle correr, fue hábil y se me perdió de vista antes de intentar detenerle o disparar.

—Debe ser un enconado enemigo de los componentes de la Mafia.

—Todo lo indica. Podemos tener en él a un valioso aliado.

—Singer, usted sospecha algo. ¿Qué es?

—Quizá sea descabellado, capitán.

—Debe decírmelo. Cuanto se refiera a esos criminales no debe quedar oculto, aunque parezca inverosímil. Acuérdese de Benny Burman. Había descubierto algo muy importante, no quiso confiárnoslo y se lo llevó a la tumba. Dígame cuál es su sospecha.

—No puedo explicármelo, pero se trata de una corazonada. La figura del desconocido me pareció familiar, pese a llevar un traje distinto y no haberle visto el rostro.

—¿A quién se refiere?

—A Chris Loewe, aquel joven de Chicago. Fue detenido por haber golpeado a Eddie Maxim.

—Me acuerdo perfectamente. ¿Le cree el mismo?

—No puedo afirmarlo.

—Indague sobre él, y si es necesario interróguele. No le será

difícil localizarle.

—No lo creo. Deberá estar hospedado en un hotel. Si está alojado en una casa particular, será distinto, aunque también lograré encontrarlo. Se trata de un presentimiento.

—Adelante, Singer. Debemos esforzarnos para exterminar a esos bandidos, pues la situación no puede continuar.

Un agente entró, tras haber llamado a la puerta.

—Tommy Ryan desea hablarle, señor.

Los dos hombres se miraron. El capitán Gaskell se encogió de hombros, mientras respondía con indiferencia:

—Hágalo pasar. —Cambiando de tono, estalló—: ¡Malditos periodistas, siempre se apresuran a meter las narices en nuestros asuntos!

—Es una plaga inevitable, capitán.

—Lo sé, pero ninguno se parece a Benny Burman. El solo valía más que todos estos zánganos juntos. ¿Acaso no es cierto?

Y miró desafiador a su subordinado. Éste sonrió débilmente.

—No puedo opinar. Se trataba de mi mejor amigo. Desde muchacho no teníamos secretos.

—Y no le confió el más importante —comentó Gaskell, con amargura.

—Es cierto. Benny tenía un alto sentido del deber.

—Sí, y era muy obstinado.

Un hombre alto y obeso entró en el despacho. Vestía con elegancia y sonreía jovial.

—¡Hola, capitán! ¿Cómo se encuentra, teniente?

—No muy bien, Ryan —respondió Singer.

—Me hago cargo. ¿Qué ha sucedido en la tienda de O'Connors?

—Probablemente un atraco. Llegamos a tiempo para detener a uno de los bandidos.

—Pero la presa se les escapó de las manos. Sus compañeros dispararon contra él.

—¿Cómo lo ha averiguado, Ryan?

—He interrogado a varios curiosos. Éstos afirmaron que dispararon desde un automóvil contra él, huyendo a gran velocidad. Usted los persiguió infructuosamente.

—Pues ya sabe lo mismo que nosotros, Ryan.

—¿Guarda alguna relación con la Mafia?
—Lo ignoramos.
—Capitán, debe decirme la verdad. Represento al periódico más importante de Everton City. Mis lectores desean conocer cuánto está ocurriendo en la ciudad.
—Y nosotros también, Ryan —contestó Gaskell, con amargo sarcasmo.
El sargento Bull entró, saludó al periodista con un movimiento de cabeza y dijo a Singer:
—Ya está todo hecho, teniente.
—Gracias, sargento.
—Deme información, Bull —pidió el periodista, con interés—. Le estaré eternamente agradecido.
—No dejaría a ninguno de ustedes con vida —masculló el sargento, con ira—. Y no tengo nada particular contra usted. Ahí fuera están varios colegas de Ryan. Todos quieren entrar.
—Que pasen —asintió Gaskell.
—Por favor, capitán. Usted no puede hacerme eso. Necesito la mayor información posible. Mis lectores esperan lo mejor de mí.
—No me es posible hacer distinciones. Eso no estaría bien, Ryan, debe usted comprenderlo. Hablaré para todos, aunque no debe esperarse nada, pues ha quedado al corriente de lo ocurrido.
—Dígame: ¿ese atracador tiene relación con la Mafia?
—Lo ignoramos. Estamos tratando de averiguarlo.
—No han querido ayudarme —se lamentó Ryan—. Hubiese podido escribir un gran artículo.
—No abuse de la fantasía cuando lo escriba. Con ello solo conseguirá perjudicamos.
—Nunca ha sido mi intención. No puede acusarme de ello, teniente Singer.
Y le golpeó en el hombro. Singer sonrió y alzó las manos.
—He bromeado, aunque no tengo muchas ganas de ello. Sargento, haga pasar a esa jauría de fieras.
Cinco periodistas entraron en el despacho. Uno de ellos gritó:
—¡No hay derecho, ya nos ha tomado la delantera, Ryan!
—No debéis preocuparos, muchachos. No he logrado arrancarle una sola palabra al capitán. Ya le conocéis.
Las preguntas empezaron a caer sobre el capitán y el teniente.

Ninguno se dirigía al sargento Bull, conociendo la inutilidad de conseguir arrancarle una respuesta. Los dos hombres respondieron con habilidad y firmeza, pero los periodistas se animaron y casi exigieron una respuesta afirmativa de si el muerto pertenecía a la Mafia.

El capitán Gaskell dio por terminada la entrevista y los periodistas se despidieron. Tommy Ryan se quedó el último. Su rostro expresaba una gran curiosidad.

—A mí no me engañan. La muerte de ese atracador y la de nuestro desdichado amigo Benny Burman guardan relación. ¿No es cierto?

—¡Qué obstinado es usted, Ryan! —respondió Singer, sonriendo —. El capitán Gaskell ha dado por terminada la entrevista.

Cuando los periodistas hubieron salido, Gaskell dejó escapar un suspiro de alivio.

—Estaba deseando perderles de vista. Temo sus indiscreciones.

—Ninguno de ellos puede compararse con Benny Burman —masculló Bull—. Ni siquiera Ryan, el más hábil de ellos.

El teniente Singer llamó a un agente. Éste y Bull escucharon con atención sus instrucciones y ambos se apresuraron a cumplirlas.

—Le deseo suerte, muchacho —dijo Gaskell, oprimiendo el brazo de Singer—. Ahora ya tenemos algunos indicios. Debe intentar descubrir este misterio.

—Procuraré hacerlo.

* * *

Sonó un golpe en la puerta. Chris estaba terminando de vestirse. Su rostro denotó la sorpresa de aquella inesperada llamada. ¿Quién podía visitarle?

—Un momento, abriré enseguida.

Cuando abrió la puerta y vio al teniente Singer y al sargento Bull, permaneció impasible.

—¿Me buscan a mí?

—Sí, Loewe —respondió Singer—. ¿Podemos pasar?

—No faltaba más. Aunque no esperaba volver a verles. Tenía la seguridad de haber terminado aquel asunto. No creo a Eddie Maxim capaz de hacer una nueva reclamación contra mí. Él fue el culpable

de lo ocurrido.

Singer le miraba en silencio, mientras Bull examinaba con curiosidad cuanto había en la habitación.

—Así es, Loewe. Nuestra visita es particular. Nos interesamos por su salud.

—Les estoy muy agradecido por su interés. Puede mirar cuanto se le antoje, sargento.

—Ya lo estoy haciendo, Loewe —mascullό el sargento.

—¿Busca usted algo?

—Nada. Puro instinto profesional, ¿comprende? La costumbre.

—Ya, ya… La indiscreción en usted no es un defecto, sino una virtud. No me molesta su examen. Si desea la llave del armario se la puedo entregar.

—No es necesario, señor Loewe —intervino Singer, sonriendo—. El sargento Bull no tiene particular interés en las cosas de usted.

—Si fuese un delincuente me tranquilizaría, teniente.

—¿Y no se ha tranquilizado?

—¿Acaso me considera usted un delincuente?

—No, aunque me queda una duda.

—No, no lo soy. No comprendo cómo sospecha usted de mí.

—No le creo un asesino, un ladrón o algo análogo. Pero recelo acerca de la identidad de usted.

—Mi nombre es Christie Loewe, le puedo mostrar…

Singer le interrumpió haciendo un vago ademán con la mano.

—No es necesario. Aunque quisiera saber el verdadero motivo de su estancia en Everton City.

Chris se puso un cigarrillo en los labios. Iba a encenderlo, cuando movió la cabeza.

—Perdone, teniente. No le he ofrecido un cigarrillo. ¿Quiere usted?

—No, gracias.

—¿Y usted, sargento?

Bull le respondió con algunas palabras ininteligibles. No fueron entendidas por el joven, pero éste tuvo la seguridad de haber sido enviado al infierno.

—Le gustaría conocer el motivo de mi estancia en Everton City, ha dicho eso, ¿verdad, teniente?

—Sí.

—Se lo dije el primer día de mi llegada. Debo resolver un asunto muy importante.

—¿Qué clase de asunto? —inquirió Singer, con dureza.

—No puedo decírselo, teniente Singer. Su pregunta no es correcta, soy un ciudadano de los Estados Unidos, pago mis impuestos y las autoridades no tienen derecho a inmiscuirse en mis asuntos… siempre que estén dentro de la Ley.

—¿Los suyos están?

—¡Qué cosas tiene, teniente! —exclamó Chris, sonriendo ampliamente—. Mi contestación sólo puede ser una. Aunque no fuese cierto, lo afirmaría.

—No quiere colaborar conmigo, Loewe. Me estoy dando cuenta de ello.

—No le entiendo. Sus palabras son un enigma para mí.

—Por el contrario, me atrevería a afirmar que me entiende perfectamente. ¿Dónde ha estado esta tarde?

—En varios sitios, paseando y en una cafetería. Puedo indicarle el lugar, podrá comprobar que no le engaño.

—¿A qué hora?

—Eso ya no puedo afirmarlo. Francamente, me he aburrido y apenas he mirado el reloj.

—¿Cómo se enteró de que el señor O'Connors iba a ser objeto de un atentado?

Y al formular esta pregunta, el teniente Singer miraba fijamente a su interlocutor. Ni un solo músculo del rastro de Chris se alteró. Singer no sé sintió defraudado. Lo esperaba.

—Bien, como usted quiera. Puedo detenerle como sospechoso.

—¿Por haber atentado contra ese señor O'Connors?

—No, por haberle ayudado a librarse de sus agresores.

—Está usted desvariando, teniente. Aunque fuese cierta, usted no podría detenerme por haber hecho una buena acción.

—En este caso, sí. Es distinto por completo y usted no lo ignora.

—Es usted muy obstinado, teniente.

—Debo serlo. Lo exige mi profesión.

—Si no tiene inconveniente, iba a salir:

La mano del teniente Singer se posó en el brazo del joven. Chris

le miró con frialdad, pero Singer permaneció imperturbable.

—No quiere colaborar con la policía y comete un error. ¿Qué tiene usted contra esos asesinos de la Mafia?

—Nada en absoluto. He oído hablar de esa organización, es siciliana y la creía disuelta, por lo menos en América. No debe olvidar que he llegado de Chicago.

—No lo he olvidado —refunfuñó Singer, soltando el brazo del joven.

—Pueden quedarse en mi habitación. No tengo inconveniente alguno. Después entreguen la llave en conserjería. Siempre me he fiado de las autoridades.

—Nuestro registro sería inútil. Su gorra está oculta en otro lugar. Además, una prenda no es ninguna prueba, a menos de estar señalada.

—Entonces…

—Vámonos, Bull. Estaba convencido de no llegar a un entendimiento.

El corpulento sargento asintió y pasó junto al joven, observándole con fijeza. Chris continuaba inalterable.

CAPÍTULO VIII

Olivia Harris hizo un gesto de contrariedad, no viendo frente a la casa la apuesta figura del forastero. Esperaba verle, pese a la dureza con que le trató. No pudo evitarlo. Estaba despechada por el plantón del día anterior.

No debía estar interesado por ella, pues de haber sido así, habría vuelto a insistir. Se encogió de hombros, debería olvidarse de Chris, pese a haber pensado en él con demasiada frecuencia.

Un automóvil se detuvo muy cerca de ella. La joven volvió la cabeza y sonrió.

—¡Hola, Tommy!

—¿Quieres acompañarme, Olivia?

La muchacha fue a negarse, pero tras titubear unos segundos, asintió.

—¿A dónde vas?

—No lo tenía decidido, pero al verte me ha entrado la tentación de ir a bailar. ¿No te apetece un combinado?

—Acepto.

Ninguno de los dos advirtió que eran seguidos por un coche pequeño. Tommy Ryan charlaba animadamente, mirando en cuantas ocasiones le era posible a su linda acompañante. Su atención debía estar dedicada al tráfico, muy intenso a aquella hora en la pequeña ciudad.

No tardó en detenerse ante un lujoso «*dancing*». Tommy Ryan ayudó a descender a Olivia, ofreciéndole el brazo. La muchacha lo aceptó tras leve vacilación. El periodista la miraba con fijeza.

—Si tú quisieras…

—Por favor, no insistas, Tommy.

—Como quieras —se resignó Ryan, dejando escapar un suspiro.

Ya se había declarado en varias ocasiones, obteniendo siempre la misma contestación. Olivia no estaba enamorada de él, y a pesar de la excelente amistad que les unía, le rechazaba. Pero él insistiría, no dejándose amilanar por la actitud de la joven.

No tardaron en ocupar una mesa. Ryan contemplaba embelesado el bello semblante de la muchacha. De nuevo volvió a la carga, estimulado por la subyugadora melodía. La música sonaba tenue, invitadora a dirigirse a la pequeña pista y danzar.

—Estás muy bella, Olivia.

—No seas adulador, Tommy.

—Sólo soy sincero. Sabes cuánto te quiero.

—Vas a hacerme que me arrepienta de haber aceptado tu invitación.

En la cara de Olivia se reflejaba la contrariedad. Tommy levantó una mano, mientras respondía con ardor:

—Tengo unos doce años más que tú, Olivia. Pero carece de importancia. El hombre debe tener mayor experiencia.

—Llevas razón. Eso carece de importancia para mí. Sólo me casaré cuando esté enamorada. No debes ofenderte, Tommy. Te aprecio mucho y nada más.

—Mi posición se está consolidando. Puedo ofrecerte cuanto desees. Aunque peque de inmodesto, soy el mejor periodista de Everton City.

—Cuando dos personas contraen matrimonio no debe influir el interés. Si esto ocurre no podrían ser felices.

Ryan se mordió los labios despechado. Comprendía la conveniencia de no insistir, pues sólo conseguiría hacer irritar a la joven, destruyendo aquellas horas próximas, que le prometían la felicidad de encontrarse junto a Olivia.

—¿Bailamos, Olivia?

—Sí.

Durante más de diez minutos no salieron de la pista. Tommy Ryan era un excelente bailarín y resultaba agradable dejarse dominar por él. El periodista la miraba extasiado, prometiéndose a sí mismo continuar insistiendo, hasta arrancarle el ansiado sí. Entonces se consideraría el hombre más feliz del mundo.

Olivia manifestó el deseo de regresar a la mesa. Él se apresuró a satisfacer su ruego. El camarero acudió a su llamada, sirviéndole

dos combinados.

—Señorita Harris, qué placer volverla a ver.

La muchacha levantó la cabeza y no pudo menos de enrojecer al ver delante de ellos a Chris. El forastero sonreía abiertamente, como si tuviese la seguridad de ser bien recibido por ella. Su conducta era insoportable, pues estaba acompañada por un hombre, y éste podía ser su prometido. Esto era absurdo, ya que de ser así, ella hubiese sido una abominable coqueta al aceptar la cita del otro día.

Fue a responder con acritud, pero Chris se le anticipó:

—No esperaba verla aquí. Ha sido una feliz coincidencia.

Tampoco ahora pudo hablar. El joven miraba al periodista sonriendo. Ryan le contemplaba con el ceño fruncido.

—Perdone, señor. La señorita Harris y yo hemos sido compañeros de viaje. Le presté un pequeño servicio y me está muy agradecida. Se trataba de un inoportuno viajero e intervine, librándola de su enojosa presencia. Como ya he dicho, mi ayuda careció de importancia, pero ella insiste en lo contrario. El agradecimiento es una gran virtud. ¿No lo cree así?

En contra de su voluntad, Tommy Ryan se vio obligado a asentir. La muchacha le miraba furiosa, no comprendiendo cómo el forastero podía conducirse con tanta desfachatez. Estuvo tentada de alzar la voz y responder con acritud a Chris. Se contuvo, temiendo llamar la atención.

—Hizo usted muy bien. Su conducta fue muy elogiosa.

Chris sonrió ampliamente.

—Usted también insiste y deberé creerlo. ¿Le molesta que me siente a su mesa?

El periodista se iba a negar, pero su interlocutor ya habíase sentado al lado de Olivia. Ésta estaba indignada. Hasta entonces no llegó a hablar, por creer que Chris se alejaría. No era así, pues osadamente habíase invitado a sí mismo.

—Chris, el señor Ryan estaba conmigo. Su presencia puede molestarle.

—No lo crea, señorita Harris. Inmediatamente comprendo cuándo mi presencia es molesta, y ahora no es así. Es un placer conocerle, señor Ryan. Mi nombre es Chris Loewe, de Chicago.

Y le tendió la mano. El periodista estaba tentado de enviarle al infierno, librándose de su inoportuna presencia. No obstante, se

limitó a estrechar con frialdad la mano de Chris.

—Les invito —dijo Chris, volviendo a sonreír—. Es un placer poder estar acompañado de personas tan acogedoras. Les estoy muy agradecido por su amable invitación. Sólo por eso la he aceptado. Me estaba aburriendo solemnemente. No conozco a nadie en Everton City.

Ryan miró a Olivia, notándose que estaba irritado, La muchacha se limitó a encogerse de hombros, debiendo soportar al joven. Chris no cesaba de hablar, dirigiéndose casi siempre al periodista. Éste le respondía con sequedad, pero esto no bastaba para frenar la desatinada conducta de Chris.

—Me gusta esta ciudad, es muy tranquila —comentó el joven, mientras se echaba hacia atrás.

Ryan sonrió mordaz.

—No se le ocurra decírselo a la policía. Se enfurecería.

—¿Por qué? No he notado nada anormal, aunque particularmente me hayan ocurrido dos accidentes enojosos.

—Está usted viéndolo. No puede hacer semejante afirmación. Everton City ha dejado de ser una ciudad tranquila, pues se halla sometida a las fechorías de una feroz cuadrilla de asesinos.

—¿De veras?

—Sí, es cierto. Soy periodista y estoy bien enterado.

—A pesar de todo, Chicago es infinitamente peor. Ayer tarde me ocurrió uno de esos accidentes, impidiéndome acudir a una cita. Esto me contrarió mucho, pues acostumbro a ser puntual, y más cuando tengo un gran interés.

Y dirigió una rápida mirada a Olivia. La muchacha había enrojecido y miraba obstinadamente la mesa. Esto le complació. Ahora le escuchó, habiéndose justificado.

—Estoy indignado, Loewe —masculló Ryan—. En una ciudad civilizada no deben ocurrir esas cosas. La policía debe evitarlo. Las personas honradas deben estar protegidas con eficacia.

—No hables más de eso, Tommy —dijo Olivia—. Es un tema desagradable.

—No he podido evitarlo. Me enfurezco cuando pienso en cuanto ocurre en la ciudad. Tu hermano está siendo muy perjudicado, debe entregar cada mes una cantidad a esos bandidos. Estoy enterado de ello, Olivia.

—Sí, se trata de una terrible carga para el pobre Jimmy. Ya tiene un hijo y cien dólares mensuales es mucho dinero. Por eso me he puesto a trabajar y le ayudo.

—¿Te das cuenta, Olivia? Esas cosas no debieran ocurrir.

—La policía conseguirá detener a esos malhechores.

—No lo creo, son muy astutos. Actúan con mucha habilidad y el capitán Gaskell se encuentra desorientado.

—Pero al fin lo conseguirá, Ryan —afirmó Chris, sonriendo—. Los malhechores siempre cometen un error y éste les suele ser fatal.

—La Mafia es una poderosa secta, todo lo tienen previsto y no cometen errores. Cuando sufren algún contratiempo, se apresuran a repararlo.

—Alguna vez no lo conseguirá.

El periodista movió la cabeza con pesar.

—Esta tarde ha estado a punto de ocurrir. La policía consiguió detener a uno de sus pistoleros, disponiéndose a conducirlo a la Comisaría. De pronto, apareció un coche y dispararon contra el pistolero, matándolo en el acto. De esta forma han evitado su declaración. Son hábiles y decididos.

—¿A usted también le han pedido dinero, Ryan?

—No, no tengo ningún negocio.

—Pero debe tener un buen sueldo.

—Sí, no puedo negarlo. Estoy considerado el mejor periodista de Everton City. Me negaré a entregar un solo centavo.

—¿A pesar de significar un terrible peligro para su vida?

—Si desde la columna de mi diario ataco a esa organización de asesinos, sería una cobardía acceder a sus viles peticiones. No, no lo haré.

—Su conducta es admirable, Ryan. Estoy contento de haberle conocido. Siempre resulta un placer tratar con personas irreprochables.

El periodista sonrió complacido al oír el elogio. Chris atrajo la atención del camarero con un gesto.

—Haga el favor de traer tres combinados iguales a éstos.

—Yo ya he bebido uno, no quiero más —protestó Olivia.

—No puede hacerme ese desaire. La he invitado con la mejor voluntad. Además, usted me está agradecida. No debe olvidarlo.

—Por lo visto, deberé tenerlo presente durante el resto de mi

existencia —respondió la muchacha, airada.

Chris se echó a reír, mirando a Ryan.

—Las mujeres son encantadoras. ¿No lo cree así?

El periodista asintió, aunque estuvo tentado de hablarle con rudeza y verse libre de su enojosa presencia, Pero ya era tarde para hacerlo, pues el camarero ponía ante ellos los combinados y estuvo conversando con él. Desde el primer instante no debió permitir su intromisión y menos sentarse a la mesa.

Pero la desfachatez del forastero se impuso, no habiendo cesado de hablar, sacando a relucir el favor prestado a Olivia en el tren.

El joven probó el combinado e hizo un gesto de aprobación.

—Es excelente, Ryan. Tiene usted un gusto exquisito. Deberé leer sus artículos. Tengo la seguridad de que serán muy interesantes.

La animosidad se desvaneció en el periodista. El elogio prodigado por Chris halagó su vanidad.

—Lea mañana el «Everton Tribune». Probablemente le complacerá la versión de lo ocurrido esta tarde.

—Lo haré, se lo prometo.

Y se volvió hacia Olivia.

—Está usted preciosa con ese vestido. Su peinado también es distinto de cuando la conocí. ¿No es cierto?

—No, es el mismo.

—Perdone, me he equivocado. ¿Qué le parece si bailáramos un poco? ¡Si usted no se opone, Ryan!

El ceño del periodista habíase fruncido al oír la invitación de Chris. Sin embargo, se vio obligado a asentir:

—No, no tengo ningún inconveniente.

Y contempló enfurecido cómo el joven ofrecía su brazo a Olivia, yendo a la pista. Aquel inoportuno forastero acababa de estropearle aquel par de horas que prometían ser venturosas para él. Jamás se lo perdonaría.

Chris enlazó el talle de Olivia con suavidad, empezando a bailar. La joven ya no se pudo contener y estalló:

—¡Su conducta ha Sido abominable!

—¿Por qué? —inquirió el joven, fingiendo sorprenderse.

—¡Y todavía se atreve a preguntarlo! Ha sido un cínico al abusar de mi agradecimiento. Aquel hombre era inofensivo por completo,

siéndome fácil desembarazarme de él. Pero de usted me será mucho más difícil.

—Sobre ese particular no debe dudarlo. No logrará librarse de mi presencia.

—Al parecer, se vanagloria de su desfachatez. Es usted insufrible.

—Eso no es verdad. Usted no puede opinar así.

—¿No? ¿Cómo puedo opinar de su conducta? ¿Cree correcto sentarse a una mesa sin haber sido invitado?

Chris la miró con fijeza. Ahora no sonreía. Estaba muy serio.

—No, no lo creo. He debido hacer un gran esfuerzo para realizar semejante acción.

—¿Y por qué lo ha hecho?

—Se trataba de la única forma de justificarme por no haber podido acudir a la cita.

—No tiene importancia y debe olvidarse. No quiero volver a verle.

El la estrechó contra sí. Olivia protestó:

—¿Cómo se atreve…?

—Yo la quiero y usted me corresponde, Olivia. Niéguelo, si se atreve.

—Es usted odioso, terriblemente petulante.

—¿De veras lo cree así?

—Sí.

—No está bien tener esa opinión de su futuro esposo.

Olivia parpadeó sorprendida. Su rostro estaba muy cerca al de Chris, pues éste habíase inclinado hacia ella. De haber intentado besarla en aquel momento, no hubiese logrado evitarlo. Por fortuna, él no lo intentó.

Reaccionó, apresurándose a apartarse.

—¿Mi futuro esposo? Si apenas le conozco.

—Tendremos muchos años para conocernos, Olivia. Te prometo hacer cuanto esté a mi alcance para no defraudarte.

—¿Se ha vuelto loco?

—Sí, por ti. En cuanto te vi en el tren me dije: «Fíjate, Chris, esa chica es preciosa. —Una mujer así te conviene para casarte, te haría feliz».

—¡Vaya ocurrencia! —No pudo menos de exclamar Olivia,

sonriendo—. Y no pensó en si usted podía hacerme feliz a mí.

—Tengo la seguridad de ello. Entre mis cualidades cuentan la de ser comprensivo y trabajador, aunque también tengo algunos defectos, si bien éstos no son muy grandes.

—La modestia no es una de sus cualidades.

—No lo creas. Contigo estoy hablando con sinceridad. Así me conocerás mejor. Entonces se me presentó la oportunidad de hablarte, debido a que estaba molestándote Fred, el afectuoso.

—Nunca me casaré con usted, Chris.

—Lo harás. Hemos nacido el uno para el otro. No se puede luchar contra el destino, pues sería absurdo, Olivia.

—El uno para el otro. Nunca había oído un disparate semejante. Yo le aborrezco.

—Tus ojos están negando tus palabras, cariño.

Ella instintivamente cerró los ojos. Chris rozó con sus labios la oreja de la muchacha y murmuró:

—Lo estás viendo. Es inútil negarlo.

Olivia no pudo menos de respirar libremente al cesar la música.

El brazo de Chris continuaba enlazándola.

—Se ha terminado la música, Chris.

—Es cierto. Perdona, no me había dado cuenta. Me encontraba en la gloria.

—No le permito hablarme así. No tiene derecho a tutearme, ni siquiera le aprecio.

—No mientas, Olivia. A las mentirosas se le caen los dientes y se vuelven feas. Sería una lástima. Ahora eres muy bonita.

A la muchacha le costaba un gran esfuerzo permanecer seria, no sucumbiendo a las palabras de Chris. En realidad estaba radiante de alegría. Ahora tenía la seguridad de no haber podido acudir a la cita. Aún más: la amaba. No la engañaba. El tono del joven era sincero. No le rechazaría, pues le correspondía con toda la potencia de su corazón juvenil.

—Debe tenerme respeto. Ni nuestro amigo Fred se portaría peor.

—¿Tommy Ryan significa algo para ti, Olivia? —preguntó Chris, de súbito.

Ella se detuvo y movió la cabeza negativamente.

—No. Le conozco desde hace muchos años y siempre hemos sido buenos amigos.

—Está enamorado de ti —afirmó el joven, con gran seguridad.

—¿Cómo puedes asegurarlo? —inquirió Olivia, tuteándole sin advertirlo.

—Se nota inmediatamente por la forma de mirarte. No debes olvidar que te quiero y esto no me puede pasar inadvertido.

—¡Chris, es usted insoportable!

—Eso no vale. Hace un momento me has tuteado.

—Me está crispando los nervios. Haga el favor de callarse.

Ya se encontraban ante la mesa. Ryan miró a Olivia.

—¿Quieres bailar conmigo?

—¡No faltaba más, Tommy!

—¿No le molesta quedarse solo, Loewe? —preguntó el periodista, con sarcasmo.



—Señorita Harris, qué placer volverla a ver...

—No, no, en absoluto —respondió Chris, inclinándose ligeramente.

Se sentó y encendió un cigarro, exhalando el humo con visible satisfacción. Perdió la noción del tiempo y de cuanto le rodeaba, sumido en sus pensamientos. Cuando se dio cuenta, Ryan y Olivia regresaban.

Olivia terminó de beberse el combinado y manifestó su deseo de marcharse. Ryan se apresuró a levantarse, mientras Chris abonaba las consumiciones, pese a oponerse el periodista.

Salieron a la calle y Chris se despidió.

—Le agradezco su intención de acompañarme en su coche, Ryan. Pero me hospedo aquí cerca y deseo ir andando.

—Como usted quiera.

El joven estrechó la mano de Olivia.

—Confío en volver a verla mañana.

Con estas palabras la citaba para el día siguiente. La muchacha no pudo menos de sonreír.

—Es posible.

Chris se alejó. Ryan le miró, mientras comentaba:

—Un tipo muy entrometido, Olivia. También creía que le iba a acompañar en el coche. No le he echado a puntapiés por haberte prestado un favor.

—Es cierto, Tommy.

—No acaba de gustarme.

—No parece un mal muchacho.

—¡Bah, es de Chicago! —exclamó el periodista, despectivo.

Ayudó a Olivia con gesto cortés, sentándose ante el volante. El coche arrancó, siendo seguido por otro pequeño.

CAPÍTULO IX

El teniente Singer cogió un sobre. Estaba dirigido a él. Miró al sargento Bull y después al capitán Gaskell.

—¿Quién puede escribirme?

—Rompa el sobre de una vez y se enterará, Singer —gruñó Bull.

—No me gusta su tono, sargento —le reprochó el joven.

—Pero tiene razón —intervino el capitán.

Singer sonrió. Su curiosidad era compartida por sus compañeros. Entre los tres hombres existía una sincera amistad, no vacilando en realizar ningún sacrificio para ayudarse, y más aún cuando sus esfuerzos estaban dedicados a servir a la justicia.

Rasgó el sobre y extrajo un papel, leyéndolo con rapidez. Después lo alargó a Gaskell.

—Capitán, un aviso muy curioso. ¿Usted qué opina?

Gaskell estaba leyendo las escasas líneas. Bull, tras él, también leía, sin tratar de disimular su indiscreta acritud.

> «Teniente Singer»:
>
> «Le conviene acudir esta noche al domicilio de Thomas Johnson. Va a ser víctima de una agresión. Mis informes son verídicos. El hecho ocurrirá a las once y media. Adopte precauciones para sorprender a los forajidos».

No llevaba firma alguna. El capitán Gaskell parpadeó, devolviendo el aviso a Singer.

—Debe acudir. No se trata de una trampa.

—Alguien tiene tanto interés como nosotros en destruir esa criminal organización. Y ese alguien es Chris Loewe, tengo la seguridad de ello.

—No descubrió nada en su habitación que fortalezca su sospecha.

—No, y se negó a admitirla. Muestra mucha seguridad en sí mismo. Eso es peligroso, puede ser su perdición. Es preciso actuar con cautela. La Mafia no perdona.

—Sea quien sea, nos proporciona una oportunidad de actuar, teniente —dijo Bull, con mal disimulado entusiasmo—. ¿Cuántos hombres nos acompañarán?

—Cuatro serán suficientes. ¿Verdad, capitán?

—Sí, menos podría ser peligroso —asintió Gaskell.

Singer no tenía necesidad de solicitar la aprobación de su superior, pero lo hacía por deferencia a él. Bull se dispuso a hacer los preparativos. La experiencia le enseñó a hacerlo con tiempo anticipado. De esta forma no se dejaba nada olvidado.

Se informó del domicilio de Thomas Johnson y de la identidad de éste. Thomas Johnson era un sastre de acreditada reputación, contando con excelente clientela. Según los informes, el sastre era uno de los primeros en sufrir las consecuencias de la nefasta organización, entregando el dinero exigido. ¿Qué habría ocurrido?

El aviso era lacónico pero preciso. Thomas Johnson iba a ser víctima de una agresión. Ir anticipadamente a su domicilio no sería prudente, pues los pistoleros lo advertirían y la situación continuaría siendo la misma. Deberían intentar sorprender a los forajidos, procediendo a su detención.

El aviso parecía indicarlo, recomendando precauciones. Los criminales eran hábiles y no debían sospechar la verdad, pues no conseguirían sorprenderles.

Dos agentes fueron enviados para vigilar la tienda de Johnson. Ésta era amplia y el sastre vivía en la parte superior con sus familiares. En forma alguna debían actuar, a menos de tener la seguridad de evitar una muerte.

Los dos agentes adoptaron grandes precauciones. Uno de ellos paseaba de un lado a otro, sin detenerse, procurando no pasar por el mismo sitio con frecuencia. El otro se limitó a sentarse a la barra de un bar, pudiendo ver la puerta de la sastrería.

Faltaban pocos minutos para las once y media cuando un automóvil se detuvo a escasa distancia de la sastrería. Tres hombres descendieron y no tardaron en detenerse ante la ˆpuerta de la misma, llamando con fuerza. La puerta fue abierta por un individuo. Éste no tuvo tiempo de formular ninguna pregunta, pues fue violentamente empujado al interior.

—¿Qué significa esto? —protestó Johnson.

—No debe gritar —advirtió uno de los intrusos—. Sería peor para sus familiares.

—Ustedes pertenecen a la Mafia.

—Lo ha adivinado, Johnson. Este mes no hemos recibido su asignación. ¿Por qué?

—No tengo dinero. Ésa ha sido la causa.

—¿No tiene dinero? En su tienda abundan las piezas de ropa. Véndalas.

—Pero eso significa mi ruina, no puedo hacerlo.

—Nosotros queremos el dinero. ¿Todavía no lo ha comprendido?

Y la mano del pistolero asió con dureza la solapa del sastre, zarandeándolo con violencia. Johnson, con el semblante lívido, trató de oponerse a la agresión. Pero el pistolero le abofeteó.

Después lo soltó y sonrió.

—Ahora será más comprensivo.

Se oyó ruido al abrirse una puerta. Una voz femenina preguntó:

—¿Quién es, Thomas? ¿Vas a tardar mucho?

El pistolero miró amenazador al sastre. Éste comprendió el significado y asintió. Procurando no delatar su nerviosismo, respondió:

—Son unos clientes, Jessie. No tardaré en subir.

—Está bien. Empezaba a intranquilizarme.

El pistolero le miraba sarcástico, mientras sus dos compañeros permanecían inmóviles, en actitud amenazadora. Johnson miró a su alrededor, como si hasta entonces no lo hubiera visto. Sus ojos denotaban cuánta era su angustia e impotencia.

—¿Qué ha decidido, Johnson?

—Mañana entregaré el dinero.

—Procure hacerlo. Su vida nos responde de ello.

Avanzó dos pasos y golpeó con fuerza en el estómago del sastre. Éste no esperaba la agresión y nada pudo hacer por protegerse. Se

dobló sobre sí mismo, las manos apoyadas en la parte dolorida. El pistolero fríamente le golpeó con el canto de la mano en la nuca y Johnson cayó al suelo.

—Así aprenderá a no desobedecer las instrucciones recibidas. La próxima vez será peor. ¿Se ha enterado?

El sastre desde el suelo asintió. En aquel momento se abrió la puerta y varios hombres irrumpieron en la tienda. Los pistoleros se volvieron sobresaltados, dispuestos a disparar. No lo hicieron, pues el teniente Singer, el sargento Bull y tres agentes les encañonaban.

—¿Qué ocurre aquí? —inquirió Singer, avanzando amenazador.

—Nada en absoluto. No comprendo su pregunta e irrupción. El señor Johnson nos estaba atendiendo.

—¿Y le han golpeado?

—Nada de eso. Estábamos bromeando y se ha caído. El mismo se lo confirmará, pregúnteselo.

Johnson se levantó y trató de sonreír. Su intento fue un rotundo fracaso, pues sólo consiguió hacer una mueca.

—Es cierto, señor.

—No le he preguntado nada, señor Johnson. Estaba hablando con estos señores, ya deseaba encontramos frente a ellos. Se obstina en protegerles por temor. Pero eso ya se ha acabado. Usted declarará, aunque para ello me vea obligado a detenerle.

—¿Es usted policía? —preguntó el pistolero, fingiendo ignorancia.

Sus compañeros permanecían inmóviles, aunque su actitud ya no era amenazadora, denotando estar asustados.

—No trate de fingir no conocerme, Willy. Nos conocemos perfectamente.

—No hemos hecho nada contrario a la ley. Haga el favor de dejarnos salir.

—Ya lo haremos, pero será para ir a la Comisaría. Ahora hablaremos largo y tendido, sabremos cuanto se refiere a la Mafia. Confío en que será muy interesante.

Bull avanzó hasta Willy. Su mirada era amenazadora.

—Hace mucho tiempo estaba deseando llegase este momento. Deme su revólver.

—No voy armado.

—¿No? Sería la primera vez, y más cuando está dispuesto a

cometer una fechoría. Deme el arma.

—Le aseguro…

Willy no terminó la frase. Un hombre acababa de entrar. Empuñaba una metralleta.

—¡Todos quietos!

El sargento Bull hizo un movimiento para arrojarse sobre el recién llegado. Su rostro estaba contraído en una mueca de furor. El teniente Singer le sujetó por un brazo con fuerza.

—No cometa ningún disparate, Bull. Ese hombre está decidido a disparar.

—Usted lo ha dicho, teniente Singer. Tiren las armas.

Willy sonreía ampliamente. Otra vez era dueño de la situación, consiguiendo escapar de las garras de la policía. En sus ojos brillaba la maldad.

—Vamos a disparar, teniente Singer. Nos han descubierto y no podemos exponernos a ser detenidos. Ninguno de ustedes quedará vivo, ni siquiera Thomas Johnson. Mañana los diarios publicarán una gran información. Cinco policías muertos. El terror será grande en Everton City. Nadie se atreverá a desobedecernos. Habrá sido un gran golpe.

El sargento masculló:

—Debía haberme dejado, muchacho. Estos bandidos están dispuestos a todo. Ahora ya no tendremos ninguna oportunidad de defendemos.

—Habría sido inútil, Bull. Ese bandido habría disparado. Sólo significaba precipitar la muerte.

—Prefiero morir luchando.

—¡Tiren las armas! —ordenó el pistolero de la metralleta.

Su orden fue obedecida, Singer, Bull y los tres agentes dejaron caer las pistolas. En aquella ocasión decisiva demostraban su entereza. Sus rostros no denotaban temor alguno.

—Arrímense a la pared —masculló Willy—. Y cuidado con los movimientos. Mi amigo es nervioso y puede apretar el gatillo.

Johnson se dirigió a Willy.

—Yo no diré nada. No quiero morir.

El facineroso le propinó un violento puntapié, alcanzándole en el estómago. El sastre cayó al suele, retorciéndose de dolor.

Una sombra cruzó la puerta, casi sin hacer ruido. Cuando los

pistoleros lo advirtieron ya era tarde. Con felina agilidad se situó tras el bandido de la metralleta. Éste trató de volverse, creyendo notar algo extraño. No tuvo tiempo de hacerlo, pues un terrible golpe le alcanzó en la cabeza, desplomándose pesadamente.

—Mataré a quien se mueva —amenazó al recién llegado.

Vestía un traje oscuro y se cubría con una pequeña gorra. Su rostro estaba cubierto por un pañuelo. Empuñaba una pistola, dando la impresión de estar muy sereno.

Willy soltó una imprecación y extrajo su pistola. El enmascarado no vaciló en disparar, anticipándose al pistolero y éste se desplomó de bruces. Estaba muerto. El proyectil penetró por su ojo derecho, destrozándolo.

—Sargento Bull, puede registrar a esos hombres y esposarlos. No intente agredirme. Lamentaría verme obligado a disparar contra usted. Sólo trato de ayudarles.

—El sargento no hará nada contra usted. Le estamos muy agradecidos por su intervención —dijo Singer, avanzando hacia el enmascarado.

—No de un paso más, teniente. Le estoy dando un buen consejo.

—Deseo hablar con usted lo antes posible, Loewe.

—Se equivoca, teniente. Ése no es mi apellido.

—Es posible, pero le he conocido por él.

Singer y el enmascarado pronunciaron en voz baja estas palabras sin ser oídos por los demás. En aquel momento irrumpieron en la tienda la señora Johnson y dos muchachos. Al ver a su esposo en el suelo, la buena mujer lanzó un grito de terror, abalanzándose sobre él, mientras sus hijos se quedaban inmóviles, estupefactos por la inesperada escena.

—No te asustes, Jessie. No ha sido nada.

Y el sastre se incorporó con un esfuerzo. Con un gesto calmó a sus hijos. En la calle se oían voces exaltadas.

—Se equivoca, teniente —dijo el enmascarado, dando un paso hacia la puerta.

—No, estoy en lo cierto. Le conviene colaborar conmigo. Esos bandidos pueden descubrirle y le matarán.

—No lo creo. Confío volverle a ver.

—Tengo la seguridad de ello.

El enmascarado salió a la calle. Su presencia sembró el pánico,

no teniendo obstáculos para llegar a su coche. El teniente Singer no hizo movimiento alguno para perseguirle. Se limitó a mover la cabeza, mientras murmuraba:

—Temo le ocurra una desgracia irreparable. Su ayuda ha sido de gran eficacia, quizá nos permita la destrucción de esta cuadrilla.

Los policías habían recuperado sus armas. Bull se aproximó a su superior. Sonreía abiertamente, sin tratar de ocultar su alborozo.

—Hemos tenido mucha suerte. Si ese enmascarado no se presenta con tanta oportunidad, ese bandido habría disparado su metralleta contra nosotros. No hubiera quedado uno para contarlo. Son unos asesinos natos. Willy está muerto.

—Tuve la certeza tan pronto le vi caer. La puntería, de nuestro amigo no perdona.

—Me apostaría la paga de un mes a que es Chris Loewe.

—Siempre acostumbra a apostar con ventaja, sargento —le amonestó Singer, sonriendo.

—¿Qué haremos con él? ¿Le detendremos?

—Sería cometer una injusticia, después de habernos salvado la vida. Hay que ser agradecidos.

—Pero su comportamiento está fuera de la ley.

El joven teniente dejó escapar un suspiro.

—¡Qué le vamos a hacer! Me gustaría tenerle a nuestro lado, pero no es así. Es capaz de entregarnos al jefe de esta Mafia, el autor de estos crímenes.

Los pistoleros, convenientemente esposados, fueron conducidos al coche para ser llevados a la Comisaría. El estar muy próximo el automóvil de los forajidos les fue de gran utilidad. Ya había sido avisada una ambulancia para llevarse el cadáver de Willy.

Thomas Johnson se aproximó al teniente Singer.

—Estoy dispuesto a declarar la verdad.

—Gracias. De momento no le necesitaremos. La Mafia continúa siendo peligrosa.

—Sin embargo, pueden contar con mi colaboración. No estoy dispuesto a continuar soportando los desmanes de estos asesinos.

Singer le golpeó el brazo con afecto y salió a la calle. Casi siempre sucedía lo mismo. Los ciudadanos se apresuraban a prestar su ayuda cuando el caso estaba en vías de solución.

El capitán Gaskell les recibió impaciente, pues ya estaba

enterado de lo ocurrido. Aquella hora fue terrible para él, ya que hubiese deseado estar con sus hombres. Pero su deber era hallarse en su despacho, atendiendo a cuanto pudiera suceder y prestar un rápido auxilio a sus subordinados.

Escuchó con gran interés el relato de Singer, no haciendo pregunta alguna sobre la identidad del misterioso enmascarado. Seguidamente se procedió al interrogatorio de los detenidos. Éstos en un principio trataron de eludir las contestaciones, pero la enérgica intervención del sargento Bull hizo cambiar la actitud de los pistoleros.

Tanto el capitán Gaskell como Singer dejaban actuar al sargento por su cuenta. La experiencia de éste y su dureza con los malhechores obraba milagros muchas veces.

Y en esta ocasión así sucedió. Los pistoleros se acobardaron ante la actitud del sargento y empezaron a hablar con creciente locuacidad. Se miraron de forma significativa No tardarían en proceder a la destrucción de la banda.

No obstante, quedaba el dato más importante: la identidad del jefe de la organización. Resultaron inútiles los esfuerzos de Bull, no obteniendo la menor información acerca de él. Nadie lo conocía. Ésta fue la declaración de ellos.

—Bien, actuaremos con rapidez. Singer, vayan a ese «*dancing*» y proceda a la detención de esos forajidos. Si es necesario disparar, no vacilen en hacerlo. No deben exponerse a recibir un balazo.

—No siempre va a acudir en nuestra ayuda ese enmascarado —observó el teniente, sonriendo.

CAPÍTULO X

Tommy Ryan hizo girar la llave. Tan pronto la puerta quedó abierta e hizo funcionar el interruptor de la luz, quedó inmóvil. Su semblante se ensombreció y su mirada se paseó a su alrededor con evidente extrañeza. Algo extraño sucedía en su piso.

Con rapidez se dirigió a su despacho. En cuanto quedó iluminado, tuvo la certeza de haber tenido una inesperada visita. Quizá aún estuviese en el piso. Su mandíbula estaba apretada con fuerza, aunque sus movimientos fueron decididos.

Fue a salir del despacho cuando una alta silueta apareció en el corto pasillo.

—Buenas noches, Ryan. No esperaba tan pronto su regreso.

—¿Qué hace usted en mi casa? ¿Cómo se ha atrevido a entrar?

—Ya se lo he dicho. No esperaba tan pronto su regreso. Trataba de leer su próximo artículo. Debe ser muy interesante.

—Voy a llamar a la policía.

—No lo haga, Ryan. Si lo intenta dispararé contra usted.

El periodista trataba en vano de saber quién era su interlocutor. Este habíase colocado hábilmente, de forma que la luz no le iluminase. Su rostro estaba cubierto por un pañuelo y se cubría con una pequeña gorra.

—Su conducta es inadmisible. ¿Qué me ha robado?

—Nada en absoluto. Puede creerme.

—Ha encontrado poco dinero, ¿verdad? —replicó Ryan, con sarcasmo.

—¿Lo guarda en el Banco?

—Exacto. Está más seguro.

—Es usted hombre prevenido, le felicito por ello. Ahora sea buen chico y no trate de poner obstáculos a mi marcha. Estoy

decidido a disparar.

Ryan hizo un movimiento de agresividad. Pero el enmascarado se movió con gran rapidez. Su diestra salió del bolsillo de su chaqueta. Empuñaba una pistola.

—Nunca amenazo en vano. Dispararé. Siempre resulta desagradable recibir un balazo. Levante las manos.

El periodista obedeció, mientras su rostro se contraía en una mueca de odio. El enmascarado le empujó hacia el interior del despacho y con un rápido golpe de izquierda le derribó. El puñetazo no fue muy potente, aunque sí extraordinariamente preciso. Cerró la puerta tras sí y no tardó en salir del piso.

Ryan se levantó, pasándose la mano por su dolorida barbilla. Ni por un momento trató de perseguir al enmascarado. Éste no vacilaría en disparar contra él.

Miró su mesa de despacho y ojeó en los cajones. No encontró a faltar nada y esta seguridad le hizo entornar los párpados. Su expresión era preocupada.

«¿Qué buscaba ese maldito?», murmuró entre dientes.

Y se encogió de hombros. Desde luego no avisaría a la policía. Daría al olvido aquel asunto.

* * *

Un agente se quedó en la puerta, mientras el teniente Singer, el sargento Bull y tres agentes entraban en el «*dancing*». Aquella noche era muy ajetreada, pero sería altamente provechosa, prometiendo ser la exterminación de aquella cuadrilla de forajidos, amparados bajo el nombre de la Mafia.

Singer llegó a una mesa ocupada por Eddie Maxim y dos pistoleros más. Entonces fue cuando éstos se dieron cuenta de la presencia de los policías.

En la sala hubo un revuelo de terror, pero dos agentes procedieron a imponer el orden. Maxim trató de sonreír.

—¿Qué se le ofrece, teniente?

—He venido a detenerle. Y a ustedes también.

—¿Detenerme a mí? ¿De qué me acusa?

—De pertenecer a la Mafia.

—Vamos, eso es un disparate. Nada existe contra mí. Soy

inocente.

—Se equivoca. Tengo unas declaraciones firmadas sobre su culpabilidad. Esta vez ha ido muy lejos, Maxim. No será una condena de algunos años, sino la silla eléctrica.

El corpulento forajido se levantó de un brinco, dispuesto a lanzarse contra el teniente y derribarle. Pero Bull actuó con prodigiosa celeridad. Su puño derecho cayó sobre la oreja del pistolero, obligándole a dejar escapar un gruñido de dolor e interrumpiendo su movimiento agresivo.

Un nuevo golpe derribó a Maxim. Bull se inclinó sobre él y le esposó una muñeca. Su mirada se clavé en Fred. Éste permanecía en actitud atemorizada.

—Ven aquí, buena pieza.

Y le unió a Maxim con hábil movimiento. Los agentes se movieron con rapidez, procediendo a la detención de los individuos señalados. Ninguno de ellos trató de oponerse, atemorizados ante la actitud decidida de los agentes.

Singer miraba a su alrededor y dio algunas órdenes. Los agentes sacaron a los pistoleros de la sala. El teniente se encaró con un camarero.

—¿Dónde está Jack Weaver?

—Estaba en su despacho, señor.

—No trate de engañarme. Le detendré.

—Se lo prometo.

Los dos hombres se dirigieron al despacho. La puerta estaba abierta y se encontraba vacío. Se miraron desolados. El pájaro principal había volado. Weaver no había salido por la sala, debiendo haber escapado por la puerta trasera.

Weaver procedió con mucha rapidez, pues al darse cuenta de la presencia de los representantes de la Ley se apresuró a escapar. Bull dejó escapar una imprecación, mascullando entre dientes:

—Ese asesino se ha escapado.

—Todavía podemos darle alcance. Es preciso detenerlo.

Y echaron a correr.

No se equivocaba el teniente Singer. Jack Weaver tan pronto entraron los policías, los vio. Palideció y durante unos segundos estuvo siguiendo los movimientos del teniente y el sargento. Tan pronto se detuvieron ante la mesa ocupada por Maxim y sus

secuaces, no dudó más sobre sus intenciones.

Entró en el despacho y cogió un fajo de billetes, corriendo apresuradamente hacia la puerta trasera. Ya lo tenía decidido: huiría de la ciudad. No permanecería un solo minuto en Everton City. De hacerlo se exponía a ser detenido y condenado a la última pena.

Tan pronto se enteró del catastrófico resultado de la expedición de Willy, ya no estuvo tranquilo. Fue informado hacía muy poco por uno de sus hombres Esta era la causa de permanecer todavía en el «*dancing*», pues inútilmente trató de ponerse en comunicación con su jefe, siendo él el único en conocer su personalidad.

La policía había actuado con mucha rapidez, obligando a declarar a sus hombres. No tendría salvación si era detenido, pues el capitán Gaskell ya tendría pruebas contra él.

Procurando no ser visto, protegido por el alboroto causado por la entrada de la policía, llegó hasta la puerta trasera. Tan pronto la abrió se tranquilizó. Poca distancia le separaba de su coche, y no tardaría en salir de Everton City.

No comprendía cómo pudo sobrevenir aquella catástrofe. El éxito más completo parecía rodear el plan trazado por su jefe, pues consiguieron sembrar el pánico en la ciudad. Y esto era lo más difícil de realizar.

Vio el coche. Continuaba en su sitio. Tenía suerte, no podía ponerlo en duda. No caería en poder de la justicia, aunque lamentaba llevarse tan poco dinero. En esto falló lamentablemente, pues no llegó a sospechar pudiese sobrevenir la destrucción de la cuadrilla con tanta rapidez.

Su rostro anguloso reflejaba una viva alegría, sus dedos no tardarían en asir la manecilla de la puerta, abriéndola. Empuñaría el volante y se alejaría.

Ya alargaba la mano cuando oyó una voz serena, amenazadora:

—¡Hola, Weaber! Le estaba esperando. Temía le hubiese detenido la policía.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea de mí? —inquirió, sorprendido.

Su voz estaba alterada por la ira.

—No soy un amigo precisamente. He venido a ajustar una cuenta pendiente entre nosotros.

—No le conozco y no me interesa saber quién es. Aléjese y

déjeme tranquilo.

Jack Weaver ya había advertido la actitud amenazadora de su inesperado interlocutor. Una mano de éste estaba oculta en un bolsillo de su chaqueta, teniendo la seguridad de oprimir una pistola, dispuesto a disparar contra él.

Ahora ya sabía quién era. Se trataba de aquel misterioso individuo, cuyo rostro estaba cubierto por un pañuelo. Él fue el causante de la destrucción de la cuadrilla con sus inoportunas intervenciones.

Procuraba aprovechar un descuido de su enemigo y extraer su pistola, disparando a matar. Pero esta ocasión no se le presentaba, pues el enmascarado no perdía de vista sus movimientos. Como si adivinase sus pensamientos, dijo:

—No intente sacar su pistola, pues le mataría, Weaver.

Éste se estremeció. El tono del desconocido no dejaba lugar a dudas, estando dispuesto a cumplir su amenaza.

—Deseaba verme frente a usted en igualdad de condiciones, Weaver. Voy a matarle.

—No estamos en igualdad de condiciones. Usted me está encañonando. Tiene una gran ventaja sobre mí.

—Por ahora. Después, no. Antes le desarmaré y lucharemos con los puños. Deseo comprobar si es tan valiente de hombre a hombre.

—No tengo nada contra usted. No existe motivo alguno para pelear. Puedo ofrecerle dinero.

—No quiero su dinero. Está manchado de sangre.

Weaver emitió una desagradable risita.

—Eso es indiferente. El dinero conserva todo su valor.

Por un instante, el desconocido perdió la serenidad al oír la cínica contestación. Dio dos pasos hacia delante y propinó una bofetada en la boca de Jack Weaver. Éste se tambaleó.

—¡Canalla!

El pistolero reaccionó e hizo un movimiento para arrojarse contra su enemigo. Su cuerpo fue sacudido por un estremecimiento al notar el duro contacto del cañón de la pistola en su estómago. Se contuvo amedrentado. Por unos instantes temió que el enmascarado apretase el gatillo, matándole.

—No dispare —imploró cobardemente.

—Tranquilícese, Weaver. Le mataré, eso he dicho, no le

asesinaré.

Estas palabras impresionaron al forajido. No comprendía cómo el desconocido pudiese tenerle tanto odio. Su forma de hablar lo demostraba.

Las manos del enmascarado le arrebataron la pistola y un cuchillo. Weaver tenía la sensación de haber sido desnudado y contempló cómo las armas eran arrojadas bajo su coche. El enmascarado ya no le encañonaba.

—Ahora estamos en igualdad de condiciones. Le doy una oportunidad para defenderse.

Weaver habíase tranquilizado algo, observando a la escasa claridad de un farol lejano la potente figura de su enemigo.

—¿Igualdad de condiciones? —dijo con sarcasmo—. Usted es más fuerte.

—Es cuanta ventaja puedo ofrecerle. Nunca ha ofrecido ninguna a sus víctimas. Usted ha matado sin compasión.

—Quisiera conocer el motivo de su odio hacia mí no puedo comprenderlo. Siento una gran curiosidad.

—A un condenado a muerte siempre se le concede su última petición. Yo lo haré con la suya.

Se quitó el pañuelo y Weaver no hizo el menor gesto de sorpresa. Esperaba ver aquel rostro.

—Sigo sin comprender.

El desconocido habló en voz baja. Un pánico indescriptible se reflejó en las pupilas del miserable.

—Entonces es…

—Sí. Y he venido a Everton City a matarle. Me he informado bien, no existiendo duda alguna. Usted lo mató. Después detendré a su jefe, y, desenmascarado, lo entregaré a la policía.

—Confía demasiado en sí mismo —respondió Weaver, recobrando la confianza en su combatividad.

No tenía una gran corpulencia, pero era hábil y conocía todas las tretas de una lucha cuerpo a cuerpo.

Aprovechó la ocasión que le pareció más oportuna, creyendo sorprender a su enemigo. Y en parte lo consiguió, pues su primer puñetazo lo recibió en pleno rostro. Pero cuando Weaver intentó alcanzarle de nuevo, lo eludió hábilmente.

Con furia, el pistolero continuó su empezado ataque, pero su

adversario le frenó con dos golpes secos y precisos. Weaver quedó aturdido y se apresuró a trabarse. Lo consiguió y con la rodilla propinó un golpe dirigido al bajo vientre de su enemigo. Éste no se dejó sorprender, encogiéndose ligeramente. No obstante, recibió el rodillazo en el vientre y quedó sobrecogido por el dolor.

Weaver le propinó un cabezazo, dándole en un pómulo, y rugiendo de furor, golpeó con ambas manos. El desconocido retrocedió tambaleándose, mientras el pistolero le seguía amenazador. De improviso se encontraba dueño de la situación, logrando desembarazarse de su temible enemigo.

Estaba dispuesto a abatir a su adversario a cabezazos, destrozándole el rostro. Un odio feroz, implacable, aparecía en su cara. Sus manos asieron la chaqueta de su contrincante, presto a golpear.

El desconocido reaccionó y con un enérgico gesto se desembarazó de las manos de Weaver. Su derecha alcanzó la mandíbula de éste, derribándole aparatosamente.

Weaver se incorporó y se lanzó contra su poderoso adversario. Éste le contemplaba sereno. Su mano se apoyó en la cabeza del forajido, mientras su rodilla se elevaba, propinando un golpe demoledor en la cara de Weaver. Éste lanzó una imprecación, mientras su boca se le llenaba de sangre.

Con un supremo esfuerzo se asió a su enemigo, el cual no hizo nada por librarse. Al contrario, apoyó el peso de su cuerpo sobre Weaver y ambos rodaron por el suelo. Hábilmente se colocó encima y sus manos rodearon la garganta del pistolero. La expresión de sus ojos era amenazadora, inexorable.

Apretó, apretó con fuerza… No tardó Weaver en no ofrecer resistencia. El desconocido no pareció advertirlo, siguiendo apretando con saña.

De pronto, cesó en su terrible presión y musitó:

—Está muerto. La justicia se ha cumplido.

Se irguió y echó a correr. Lo hizo a tiempo, pues aparecieron dos hombres. Uno de ellos gritó:

—¡Deténgase o disparo!

No fue obedecido y el teniente Singer no cumplió su amenaza. El fugitivo ya había subido a un pequeño coche y se alejaba a una moderada velocidad. Parecía estar convencido de su impunidad.

—Se trata de Jack Weaver. Está muerto —dijo el sargento Bull, tras examinar el cadáver del pistolero—. Lo ha estrangulado.

—Lo suponía —se limitó a asentir Singer.

* * *

Olivia Harris estaba trabajando cuando le avisaron que tenía una visita. La muchacha quedó sorprendida y sonrió al sospechar que sería Chris. Su sorpresa y desilusión fueron muy grandes, para tratar de disimularla, al ver a Ryan.

—¿Qué ocurre, Tommy?

—Se trata de una noticia desagradable, Olivia. Debe ser fuerte.

—Dime la verdad, Tommy. ¿Qué ha ocurrido?

—Tu hermano ha sufrido un accidente y se encuentra muy grave. He venido en tu busca para llevarte a su lado.

El rostro de la muchacha estaba demudado. No llegó a pronunciar una sola palabra. Dio media vuelta y fue en busca de su jefe. Éste se dio cuenta inmediatamente de haberle ocurrido una desgracia y le dio una afectuosa palmada en el hombro. Olivia le informó del accidente ocurrido a su hermano.

—Váyase enseguida, Olivia. Me alegraré que el accidente no sea de gravedad.

—Gracias.

Ryan la cogió del brazo, conduciéndola hasta su coche. Se instaló ante el volante, sin pronunciar una sola palabra. La muchacha le miró intranquila, dándole la sensación de verle por vez primera. Tommy Ryan parecía un hombre distinto del que siempre conoció.

Cuando Ryan emprendió la marcha, un coche pequeño le siguió, procurando pasar inadvertido.

De pronto, Olivia miró hacia delante y no pudo menos de preguntar, con extrañeza:

—¿A dónde vamos, Tommy?

Éste la miró. Las facciones de su rostro se habían endurecido. Sus pupilas centellearon amenazadoras.

—De momento, a Boston.

—¿A Boston? —inquirió Olivia, con estupor—. Mi hermano no puede haber sido conducido allí.

—No. Tu hermano está trabajando tranquilamente, Olivia. Respecto a él, debes tranquilizarte. No ha sufrido ningún accidente.

—¿Te has vuelto loco?

—Sí. Tu belleza siempre me ha obsesionado. Ahora me pertenecerás.

La muchacha se sublevó al oír aquellas inesperadas palabras.

—Para el coche, Tommy. No quiero continuar contigo.

El soltó una carcajada. Acababan de salir de la ciudad, yendo por la casi solitaria carretera.

—Ya no tiene remedio, mi querida Olivia. En Boston nos casaremos. Todo lo tengo previsto. No te preocupes, tengo dinero, mucho dinero. Tendrás cuanto desees. Nos iremos a California, muy lejos de Everton City. Nadie logrará descubrirme.

La muchacha actuó con rapidez, abriendo la portezuela. Estaba decidida a lanzarse del automóvil en marcha. Ryan lanzó una imprecación y detuvo el coche. Sus manos asieron a la joven por los hombros, apretando con fuerza.

—Suéltame, Tommy. Me haces daño.

Aproximó su rostro al de ella. Sus labios estaban tan apretados que habían perdido su color.

—Estoy dispuesto a matarte, Olivia. No amenazo en vano, puedes tener la seguridad de ello.

—¿Qué te ha ocurrido, Tommy? Eres distinto.

El rió sarcástico.

—Ya me he cansado de ser paciente, querida. Ya no suplico, exijo. Te casarás conmigo, serás mi esposa.

—Eso nunca. No te he querido y ahora te aborrezco.

Ryan aumentó la presión de sus dedos, obligando a la muchacha a lanzar un gemido.

—Si no me obedeces, te mataré. Ya aprenderás a quererme.

Y aproximó sus labios a los de Olivia. En aquel momento una mano se apoyó en su hombro, mientras una voz varonil decía:

—Me alegro de volverle a ver, Ryan.

—¡Otra vez usted! —exclamó Ryan, mirando con ira a Chris—. Voy a matarle.

Y su diestra asió la culata de su pistola. La mano del joven oprimió su muñeca y forcejearon con furia. Chris apretó despiadadamente y los dedos de Ryan se abrieron, soltando el arma.

El joven dijo:

—Olivia, coge la pistola y desciende del coche. De este asesino me encargo yo.

La muchacha se apresuró a obedecer, respirando tranquilizada por la oportuna aparición de su amado. Ahora había desaparecido su temor, como si la presencia de Chris pudiese detener cuantos peligros la amenazasen.

Una terrible y sorda pelea se entabló entre los dos hombres. Chris había abierto la puerta del coche y luchaban en su interior. La posición del joven resultaba ventajosa, pues no dejó incorporar al periodista.

Sus puños cayeron con potencia y furia sobre el rostro de Ryan, no tardando en cubrírsele de sangre. Chris mantuvo su castigo hasta comprobar que su enemigo había perdido el conocimiento. Lo miró con una sonrisa de triunfo y desprecio.

—Ya no volverás a ordenar la muerte de nadie.

Descendió del coche y Olivia se le arrojó en los brazos.

—Ha sido horrible, Chris.

—Tranquilízate, ya ha pasado el peligro. La tranquilidad volverá a reinar en Everton City.

Y sus labios se unieron. Los dos jóvenes nunca supieron el tiempo que duró aquel beso. Se separaron por oír una voz maliciosa.

—¡Vaya parejita!

Y un hombre desde la ventanilla de un gran camión les hacía un amistoso y burlón ademán de saludo.

—Adiós, amigo —respondió Chris, sonriendo.

Soltó a la muchacha y procedió a asegurar a su presa. Le quitó la corbata y con ella le ató los pies. Después hizo lo mismo con las manos con el cinto, dejándolo echado sobre el asiento.

—Vamos, Olivia. Es preciso ir cuanto antes a la Comisaría. El capitán Gaskell se alegrará mucho y también sus subordinados.

La muchacha se sentó a su lado, reclinando la cabeza en su hombro. Chris maniobró con habilidad, dirigiéndose hacia la ciudad tras haber echado una mirada al pequeño coche. La policía se encargaría de recogerlo.

Se detuvo ante la Comisaría y procedió a desatar los pies de Tommy Ryan. Éste había recobrado el conocimiento y le dirigió una

mirada de odio e impotencia. El joven, sin pronunciar una palabra, le obligó a salir del coche. Y de esta forma entraron en la Comisaría, seguidos por Olivia.

La aparición de las tres personas causó un gran revuelo. El sargento Bull permaneció inmóvil, con los ojos fijos en Ryan, mientras Singer corría hacia el joven.

—¿Por qué se ha arriesgado de esta manera, Chris Burman? Nosotros hubiéramos podido ayudarle.

—Y este asesino se hubiese dado cuenta, burlándose de nosotros. No, he preferido exponerme y también a Olivia. ¿Ya conoce mi identidad?

Singer no le contestó. Su mirada estaba fija en Ryan.

—Con que es usted el jefe de la Mafia, ¿eh? Sargento Bull, enciérrele. Después le tomaremos declaración.

—Tengo un gran placer en hacerlo, teniente.

El capitán Gaskell se encontraba en la puerta de su despacho, presenciando en silencio la escena. En su semblante aún se advertía el asombro al reconocer al detenido.

—Hagan el favor de pasar.

Y con un gesto señaló unas sillas. Chris y Olivia se sentaron.

—Desde un principio advertí en usted algo familiar. Su hermano y yo éramos íntimos amigos. Realicé unas indagaciones y comprobé la certeza de mi sospecha. Ha burlado siempre la vigilancia de nuestros agentes.

—Preferí actuar solo y lograr descubrir a esos asesinos. Mantenía correspondencia con regularidad con mi hermano. Soy abogado y le daba consejos con frecuencia y él me explicaba los asuntos interesantes de su profesión. Me había insinuado algunas sospechas sobre la culpabilidad de Tommy Ryan. Fue cuando recibí la noticia de su asesinato. He procurado atemorizar a esos bandidos, haciéndoles perder el control de sus nervios. Anoche hice una visita a Tommy Ryan. Apenas descubrí nada importante en su despacho, pues es muy hábil. Pero logré asustarle y al enterarse de la destrucción de su cuadrilla no vaciló en huir. Se trataba de mi oportunidad.

—Muy arriesgado, Chris —le amonestó Gaskell.

—Pero muy eficaz. Valía la pena correr el riesgo.

—¿Por qué mató a Jack Weaver?

—Sostuvimos una encarnizada pelea y apreté demasiado.

—Fue por haber averiguado que atropelló a Benny —acusó Singer—. No debió tomarse la justicia por su mano.

—Teniente, yo…

—No he dicho nada, capitán —dijo Singer, sonriendo—. Sólo se trata de una suposición, muy difícil de comprobarla.

—Lo comprendo.

—Y yo también —corroboró Bull, echándose a reír.

—Debe reportarse, sargento —le amonestó Gaskell.

—Sí, señor. No he podido evitarlo. Estoy muy agradecido a Chris por su ayuda.

—¿Desean algo más de mí?

—Por ahora, no. Esta tarde pase por aquí y hará una declaración.

—De acuerdo. Teniente, ¿puede hacerme un favor?

—Sí, no faltaba más.

—Mande recoger un coche pequeño detenido a pocos kilómetros de la ciudad. Lo he alquilado. En su interior encontrará un traje viejo y la pequeña gorra que tanto le intrigaba.

—Por eso no quise registrar su habitación.

Chris cogió a Olivia del brazo, y tras estrechar con fuerza la mano de los tres hombres, salieron a la calle.

—¿Querrás casarte con un abogado de Chicago, Olivia?

—¿Cómo voy a oponerme? La otra noche lo afirmaste con tanta seguridad, que quedé convencida.

Y se echó a reír, ruborizada. Chris no se pudo contener y la besó. Inmediatamente se enderezó. Varias personas les miraban, algunas con maliciosas sonrisas, otras con censura.

FIN

Orlando García Mateos, utilizó los seudónimos de Frank Lewis y Orland Garr. Autor de 225 obras.